



NIEVES PAPPATERRA

SERIE BIOGRAFÍAS

MEDALLA AL MÉRITO DE
LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER



DE LA MUJER DOMINICANA 2021

MEDALLA AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA

Cada año, el 8 de Marzo, engalana la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, reconocimiento creado mediante el Decreto No. 3013 en el 1985, para reconocer el trabajo y la valía de mujeres que, con su trayectoria y aportes, reafirman históricamente que han sido siempre grandes conquistadoras y luchadoras en todos los ámbitos, superando y cerrando las brechas sociales, económicas y políticas.

A través de este reconocimiento, año tras año, se ven los aportes de las mujeres en cada postulación recibida, en cada candidatura que muestra con vastas evidencias, la capacidad de las mujeres en todo lo que se proponen, el tiempo que invierten y los frutos obtenidos a pesar de las limitaciones y dificultades.

Para el Ministerio de la Mujer este galardón es un orgullo, es motivo de alegría, y un acto de justicia reconocer junto al Poder Ejecutivo a esas grandes mujeres dominicanas, que con su trabajo no solo contribuyen al desarrollo humano, sino también dejan en alto, dentro y fuera del país, a la República Dominicana.

En su entrega número 36, catorce mujeres destacadas en las categorías de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, Municipalista, Emprendedurismo e Innovación, Inclusión e Igualdad, Deporte, Labor Comunitaria, Empresaria destacada en el extranjero, Política, Salud, Laboral y Póstuma, recibieron este importante reconocimiento mediante el Decreto del Poder Ejecutivo No. 143-21.

MARGARITA CORDERO

NIEVES PAPPATERRA MENDOZA

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA AL MÉRITO
DE LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

Santo Domingo, República Dominicana
2022

Ministerio de la Mujer

Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana

Biografía Nieves Dolores Pappaterra Mendoza
Medalla al Mérito a la Mujer Dominicana 2021,
Categoría: Emprendedurismo e Innovación

Autora: periodista Margarita Cordero
Revisión de estilo: Aimara Vera
Cuidado de edición: Carolina Acuña
Diseño y diagramación: Dirección de Comunicaciones
Impresión: Servicios Gráficos Tito
ISBN: 978-9945-9342-3-6

©Ministerio de la Mujer, 2021
Av. México Esq. 30 de Marzo, Bloque D, segundo piso,
Santo Domingo, D. N., República Dominicana
Teléfono: (809)685.3755
E-mail: info@mujer.gob.do
www.mujer.gob.do

Agradecimientos

Agradezco este recuento de mi vida primeramente a Dios, eje central de mi existencia, el que me ha dado todo, a mis padres quienes me dieron la vida y me inculcaron grandes valores y ejemplo de vida, mis dos esposos grandes soportes en diferentes tiempos de mi vida, a mis hijos fuentes de inspiración y motivación para tratar de alcanzar mis objetivos, mis hermanos por su apoyo incondicional en los momentos que los necesite, mis amigos y demás familiares por estar ahí siempre en momentos difíciles, al Ministerio de la Mujer por elegirme como meritoria en la categoría de Emprendedurismo e Innovación y al pueblo de Gaspar Hernández por ser mi terruño querido, al que siempre he llevado en mi corazón desde que nací. Mi agradecimiento por todo lo que la vida me ha dado.

Nieves Pappaterra

Índice

Capítulo I	Una vida que merece una novela	15
Capítulo II	Recuerdos de la infancia	23
Capítulo III	Sus grandes amores	33
Capítulo IV	Regreso a casa	45
Capítulo V	Las voces de sus hijos y su hija	53
Capítulo VI	Mi abuela es la roca que nos sostiene	71
Capítulo VII	Mi abuela merece una estatua	79
Capítulo VIII	Para mi gusto, es demasiado trabajadora	85
Capítulo IX	La maestra que le enseñó el respeto	91
Capítulo X	El pasado vuelve	97
Capítulo XI	Juntos los tres para siempre	105

Presentación

Con estas publicaciones, el Ministerio de la Mujer inicia la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, con la finalidad de crear un acervo bibliográfico sobre mujeres galardonadas cada 8 de marzo, por su destacada participación en el ámbito económico político y social del país.

Cada una de las biografiadas representa una forma distinta de construirse mujer. Son distintos sus orígenes y distintos los derroteros de sus vidas. Empero, todas tienen en común haber enfrentado con decisión y valentía los obstáculos que la cultura patriarcal opuso a la conquista de sus sueños. Todas ganaron para ellas el espacio desde el cual han afirmado su valor social y de género.

Gracias al esfuerzo de incontables teóricas feministas a lo largo de las últimas seis décadas, a la historiografía masculinizada le resulta hoy imposible hablar de historia omitiendo a las mujeres. Un logro, sin duda alguna, sobre el intencionado ocultamiento de la contribución femenina a la lucha de los pueblos por la justicia.

Pero este logro debe ser complementado con la historia de las mujeres, es decir, como afirma Ana Linda García Peña, con la explicación de los cambios en las relaciones de poder que perpetúan la desigualdad, la dominación masculina y la subordinación femenina.

En nuestro país, donde la historiografía sigue siendo desigual con las mujeres, el inicio de esta colección también busca reivindicar el valor personal de las biografiadas y sus logros sociales como dinamismo y a la vez consecuencia de la lucha de todas mujeres contra la discriminación y la exclusión.

El inicio de la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana reafirma el compromiso del Ministerio de la Mujer con un mundo en el que las mujeres, libres del lastre de las desigualdades, puedan desplegar las alas de la creatividad y mirar el futuro con optimismo.

Mayra Jiménez
Ministra de la Mujer

36^º ENTREGA
MEDALLA AL
mérito
DE LA MUJER DOMINICANA
2021





Nieves Pappaterra junto al presidente constitucional de la República y demás autoridades al recibir la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, en la categoría de Emprendedurismo e innovación.



Capítulo I:

*Una vida que merece
una novela*

Nieves Pappaterra Mendoza



I. Una vida que merece una novela

La vida de Nieves Dolores Pappaterra Mendoza ha discurrido como una novela en permanente proceso de escritura, cada día de cada año, desde que en 1938 viera la luz en el paraje Los Franceses de la común de La Cigua, un remoto pueblito de la isla, hasta su afanosa vejez bajo el mismo cielo que todavía la cobija cuando camina, tranquila y reconocida, por las ya no tan apacibles calles de Gaspar Hernández.

Hija de una humildísima mujer gasparense y un descendiente de inmigrantes italianos dueños de tierras y ganado, Nieves Dolores, como una heroína del romanticismo, decidió a muy temprana edad cuál destino quería para ella. Con apenas seis años, no dudó en escoger entre el regazo materno y la oportunidad de vivir una vida de privilegios, pero lejos de su madre Josefa Mendoza. Se dirá que era demasiado pequeña para discernir qué ambicionaba realmente. Su precoz nostalgia y su llanto inconsolable durante meses desarmarían la suspicacia.

Luis Emilio Pappaterra Bloise quería a la hija que tuvo con Josefa con un amor entrañable. Para asegurarles a ambas las comodidades indispensables, en 1940 compró una casa en Gaspar Hernández ya en aquel entonces municipio, donde se instalaron. Pero el corazón y la clase social lo llevaron por otros rumbos amorosos. Alzó el vuelo y se casó con una muchacha santiaguera de su misma condición social. Ya no prodigaría su cariño a

la hija con la frecuencia que ofrece la cercanía física, pero no por ello se ausentará de su vida ni dejará de cuidarla y mimarla, como lo harán también los abuelos.

A la casa de los abuelos Fortunato Pappaterra Scaldaferrí y María Anunciata Bloise, una imponente construcción victoriana en Puerto Plata, irá a vivir la niña durante casi un año. De la casa, con sus amplísimas galerías y su techo de dos aguas, solo queda el recuerdo y una fotografía que ella atesora y sobre la que posa el dedo para señalar los escalones donde se sentaba a llorar la ausencia de la madre. Evoca los materiales del piso traídos de Italia, el tarro con la mata de palmilla que precedía la entrada. En los escalones le tomaron una fotografía como recuerdo de sus seis años, lamentablemente perdida en quién sabe cuáles circunstancias. Si la hubiera conservado, pondría su propia imagen contra el pecho y la abrazaría. Volvería a ese día en que vestía “una yompita muy bella”, verde y con breteles, y una blusita de ramitos de rosas, imagen viva de la felicidad infantil.

La arrolladora “modernidad” urbanística puertoplateña, confabulada con intereses familiares particulares, se llevó la casa de encuentro en 1976. En su lugar, levantaron edificios multifamiliares. Si le hubiera pertenecido, Nieves Dolores la habría convertido en museo que recogiera la historia familiar, preñada de aventuras.

En la pared principal de la sala de reuniones contigua a la oficina desde donde Nieves Dolores supervisa sus numerosas empresas, un retrato de gran tamaño de Luis Emilio Pappaterra Bloise obliga a detener la mirada en él.

“Mis abuelos vinieron de Italia y se radicaron en La Ermita evoca Nieves Dolores. Mi papá y mi mamá se juntaron y, bueno, yo soy fruto de esa unión. Como lo fue también mi hermanita, que murió pequeña. Mi mamá siempre supo, y lo decía, que papá no se casaría con ella. Cuando él se decidió por otra persona y se fue a vivir a Santiago, ella no lo quiso más. Él la dejó bien, es decir, con muchas de sus necesidades cubiertas, y a mi

I. Una vida que merece una novela

incluso me dejó una vaca para que no me faltara leche. La leche del primer ordeño era mía, calientita y con mucha espuma. Creo que por eso me gusta tanto hasta hoy”.

En la pared principal de la sala de reuniones contigua a la oficina desde donde Nieves Dolores supervisa sus numerosas empresas, una foto de gran tamaño de Luis Emilio Pappaterra Bloise obliga a detener la mirada en él. Le fue tomada poco antes de que muriera en 1980 a los setenta años. Está sentado casi en escorzo y sobre las piernas, sostenido por sus manos, descansa un libro. El tiempo no mermó su heredada apostura de italiano calabrés curtido por el sol del Caribe, bajo el que nació en 1910.

Su padre Fortunato, junto a sus hermanos Francisco Antonio y José Antonio, emigró posiblemente a finales del siglo XIX a Puerto Plata desde Santa Domenica Talao que, más o menos para las fechas en que los Pappaterra Scaldaferrí pisaron suelo dominicano, tenía 2,890 habitantes. Hoy solo alcanza los 1,200. Eran de origen campesino, como casi todos sus coetáneos que dejaron las costas del mar Tirreno, unos para asentarse en las del Atlántico y otros para abrirse camino en la fecunda Santiago. Escribe Edwin Espinal Hernández¹ que en los libros del estado civil santiaguero correspondientes a los últimos años del siglo XIX y los primeros del

XX, llama la atención la cantidad de italianos empadronados originarios de Santa Domenica de Talao.

No solo tenían en común el lugar de nacimiento, sino también el parentesco. La repetición de los apellidos hace pensar al historiador y genealogista que el pueblo de donde provenían era “cerrado (y) caracterizado por la endogamia”, si bien deja sujeta la inferencia a un estudio exhaustivo “en los archivos civiles y eclesiásticos” santadomenicanis (gentilicio con resonancias conocidas). De todas maneras, que tantas personas decidieran abandonar su pequeñísimo pueblo en el sur italiano, casi al final de la bota, para vivir la aventura en un país del que debían carecer de toda información, permite colegir que las redes parentales y sociales jugaron un papel determinante en esta ola migratoria al país.

En una conferencia ofrecida en 1998 en Santiago con ocasión de la exposición “Italia presente”, Nicolás Pugliese Zouain evoca las condiciones en que estos inmigrantes salían de sus respectivos pueblos para vivir la empresa americana:

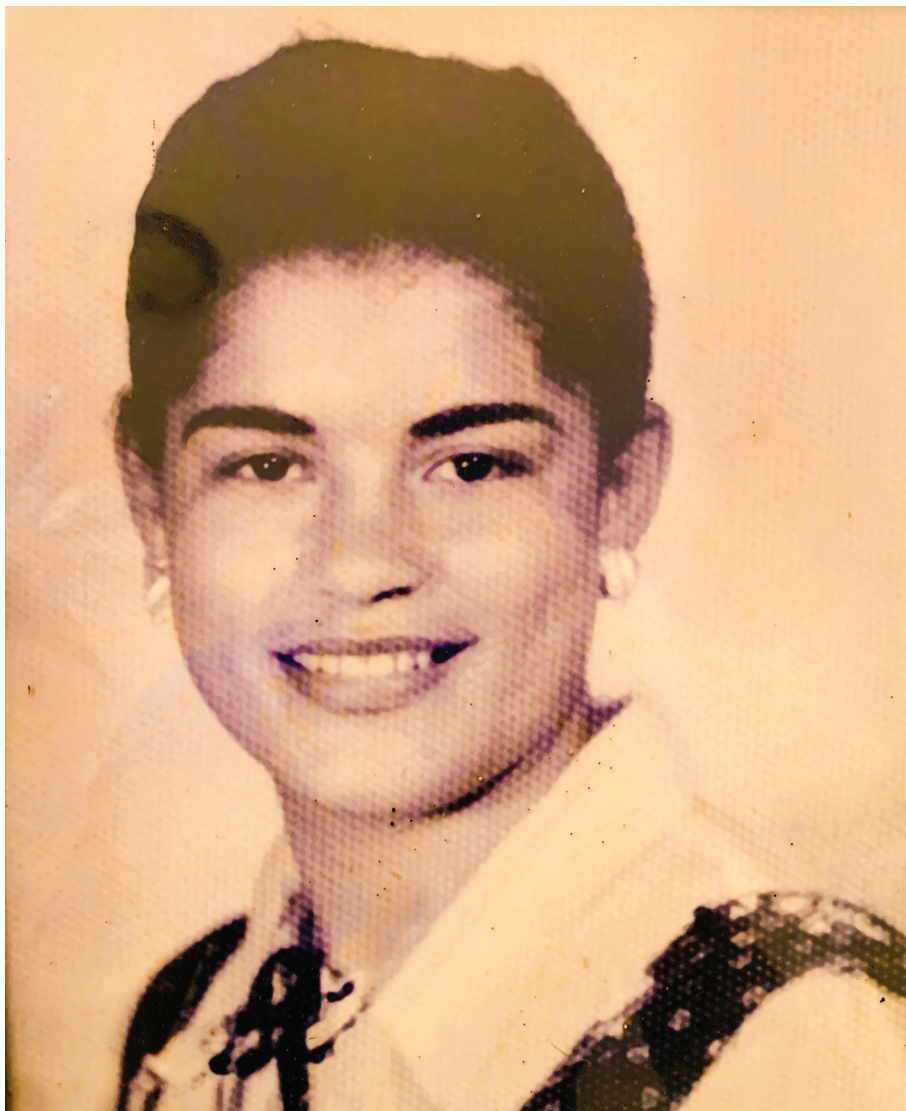
Puesto se llevaban el traje de casimir que usaban los domingos y los días de fiesta; en la mente, llevaban el firme propósito de salir del estado de pobreza que dejaban atrás junto a sus familias, a su joven esposa y a sus hijos; en el corazón, una inmensa carga de dolor; colgado al cuello, el rosario bendecido por la “mamma”; en las manos rugosas, la maleta de cartón amarrada con sogas y dentro, las fotos de los familiares, una “remúa” y algunos alimentos para ser consumidos durante el viaje. El dinero que habían tomado prestado en el pueblo estaba en el bolsillo del traje, junto al pasaporte².

Los Pappaterra Scaldaferrí se dedicaron al comercio, la agricultura y la ganadería, ocupaciones en las que se les puede suponer habilidades debido a su origen rural. La prosperidad económica y social los acompañó de manera generosa. En una cita cuya fuente no documenta, el ayuntamiento de Gaspar Hernández³ atribuye al historiador Genaro Arvelo Polanco afirmar que, en sus orígenes, la entonces villa estuvo dividida en tres franjas de terrenos comunales en las que se asentaron como propietarias igual número de familias: los Domínguez, los Luna y los Pappaterra. Estos últimos ocupaban “el área de La Ermita y de Los Franceses (paraje), tomando como marco de referencia la parte oriental del río Joba y, más al Norte, el océano Atlántico”.

Los padres de la abuela María Anunciata, Ángelo Bloise y María Ángela Dipuglia, también formaron parte de la numerosa inmigración italiana al país desde Santa Domenica Talao. De acuerdo con Espinal Hernández⁴, existe constancia de que en 1892 Bloise estaba radicado en Santiago donde, según acta firmada por el notario Joaquín Dalmau, compró a Juan Inocencio Domínguez unos terrenos en San Francisco de Quinigua el 23 de abril de ese año.

I. Una vida que merece una novela

El matrimonio Pappaterra-Bloise, que contrajo nupcias en 1905, procreó a Blas y Luis Emilio (padre de Nieves Dolores) y a Ángela María, Elvira María, Rosa Saturnia y Ana Fortunata. Fortunato morirá en 1957 y María Anunciata en 1979.





Capítulo II:

Recuerdos de la infancia

Nieves Pappaterra Mendoza



II. Recuerdos de la infancia

Nieves Dolores tiene imágenes muy precisas del Gaspar Hernández que la vio nacer y crecer. En aquellos años de su infancia, en el pequeño pueblo “había mucha gente culta, con recursos y venida de otros lugares, pero también había una pobreza extrema”. El pequeño pueblito, fundado en 1905 y conocido entonces como Villa Joba, no era una excepción en el mapa de la pobreza generalizada del país. Como el resto en iguales condiciones, las diferencias socioeconómicas marcaban profundamente el tejido social gasparense.

Las cosas han cambiado, aunque tampoco puede decirse que los más de setenta años que separan el presente del tiempo evocado por Nieves Dolores provocaran cambios radicales. En Gaspar Hernández la pobreza general alcanza actualmente al 46 % de la población (con casi ninguna diferencia entre las zonas urbana y rural) y si bien no tienen tanto peso como en los años cuarenta del pasado siglo, los residentes nacidos en el extranjero siguen siendo un número significativo: 1,013 en una población de 57,302 personas, según los últimos datos censales disponibles. Que para una población relativamente escasa como la gasparense haya setenta y un planteles escolares sesenta y siete públicos y cuatro privados, permite mirar con optimismo el potencial cultural del municipio. Pero la cultura es un concepto complejo del que la escolarización es solo un componente.

Cuando tenía alrededor de cinco años, los abuelos paternos quisieron

hacerse cargo de la educación de Nieves Dolores; procurarle a la primera nieta un mejor destino que el que podían ofrecerle las limitadas condiciones del hogar materno. Los medios de Josefa eran claramente insuficientes. Enfrentada a la realidad de madre soltera y pobre, se dedicó a “cuajar” dulces y a venderlos en la sala de su propia casa. Nieves Dolores recuerda los olores y los sabores de aquellas pailas en las que borbotaban los ingredientes. El dulce de leche que cocía su madre todavía la hace salivar. “Todo lo que mamá hacía tenía gracia”, dice.

Aunque no pudieran cumplirlo, Nieves Dolores aprecia el propósito de sus abuelos. “Pensaban que me podía criar de una manera distinta dice. Ellos tenían muchos bienes. Todo lo que se consumía en Puerto Plata provenía de sus tierras en Gaspar Hernández. Llevaban los productos en caballo hasta Sabaneta y de ahí, en un carrito, los trasladaban a la ciudad”.

Quizá porque también dudada de lo que podía ofrecer a su hija, Josefa condescendió a la propuesta de los abuelos Pappaterra-Bloise. En Puerto Plata, la niña comenzó a disfrutar de las bondades de la holgura económica. Una niñera se ocupaba de su cuidado. En la cocina, las tradiciones calabresas se cumplían como un ritual. Aromas y sabores potenciados por la frescura de los productos: berenjenas, tomates, pimientos, cebollas rojas, pastas elaboradas para el día, comenzaron a formar parte de la cultura alimenticia de la niña. A descubrirle otra manera de ver y estar en el mundo.

“Mis abuelos tenían una panadería y mi abuela, después de comer se iba al negocio y me dejaba a cargo de una de mis tías evoca. Tan pronto abuelita se iba, ella me decía: ‘siéntate ahí’ y no dejaba que me parara. Claro, no solo era una cuestión de disciplina, sino que ella tenía un novio cerca de la casa y aprovechaba para verlo”.

Esas horas de ausencia de María Anunciata eran para la niña un pozo de amargura. Sentada en los escalones de la señorial residencia, echaba en falta el cariño de su madre. Y lloraba a lágrima viva pensando en Josefa y en su hermanita, extrañando la cotidianidad del hogar humilde, pero cálido, que había dejado atrás por los cálculos adultos, aunque bien intencionados, de

lo mejor para su bienestar.

“Los trabajos, las dificultades que podía pasar en mi casa no los pasaba en la de mis abuelos, pero no podía contener mi tristeza recuerda. A estas alturas no sé por cuál razón me admitieron en la escuela, puesto que no tenía la edad en la que los niños de aquella época comenzaban a recibir docencia. Comencé a asistir a la escuela Antera Mota, que quedaba en la calle Sánchez, cerca de nuestra casa. Ahí me mandaban con la muchacha que me cuidaba”.

Nieves Dolores fue una niña despierta, tanto, que “no parecía venir de un campo”, y pronto comenzó a absorber conocimientos extracurriculares que, en aquellos años, tenían un claro sello de género. Mira hacia atrás y aparece su vitalidad de niña saltando “el burro” en la clase de deportes sin que nadie la ayudara. Un logro que, a sus ojos, tenía la dimensión de una hazaña. Un presagio del que sería su destino, sin duda alguna.

Un día, por circunstancias fortuitas, caminó sola a la salida de la escuela, confiada en que, así como había aprendido muchas otras cosas, también conocía el camino, tan cercano a la casa. Pero no. Apenas llegó a la primera esquina, la confusión hizo presa de ella. O quizá se distrajo mirando a los patinadores del pequeño parque de las inmediaciones, quién sabe. Setenta y siete años después revive la angustia de su ir y venir por las mismas calles sin encontrar la que conducía al hogar de sus abuelos. Para su suerte, una mujer la reconoció y terminó con su agobio. La experiencia de autonomía no se repitió: desde ese día, recorrió la distancia entre el hogar y la escuela acompañada de la joven que tenía a cargo su cuidado.

Pese a su corta edad no escapaba de las responsabilidades domésticas. Guiada por la mano de la tradicional abuela, aprendió a recoger las almohadas de todas las camas tan pronto estas eran abandonadas por sus dueños varones, y las llevaba a una habitación destinada al fin exclusivo de guardarlas hasta que, en la noche, se realizaba la rutina inversa.

“Lo que nadie sabía —dice— es que me escondía detrás de esas almohadas para llorar. En muchas ocasiones oí la voz de mi abuelita llamándome por mi nombre; preguntándose: ‘¿Y dónde estará esa niña?’”. Entonces salía de mi escondite. Imagino que ella sabía dónde yo estaba y por qué”.

No valieron nunca los intentos de hacerla sentir bien. Fracasaron unos tras otros, incluso aquel en que, reunidos en concilio, su abuela, su tío y sus tías le propusieron llevarla a Santiago a conocer a una recién nacida hermanita que “parecía una muñeca”. Su respuesta fue negativa porque les dijo al único lugar a donde quería ir era a casa de su madre.

Fortunato Pappaterra Scaldaferrri solo viajaba a Puerto Plata cada quince días y por relativamente poco tiempo. Los negocios en sus tierras lo retenían en Gaspar Hernández. En una de esas ocasiones, María Anunciata le habló con franqueza: el desconsuelo de Nieves Dolores podía enfermarla, por lo que debía regresar al lado de Josefa. Persuadido del preocupante estado de ánimo de la nieta, el abuelo consintió en la propuesta de su mujer. Ese temprano ciclo de la vida de Nieves Dolores se había cerrado.

De vuelta a Gaspar Hernández, la niña fue reinscrita en la escuela. Tuvo buenos profesores a los que recuerda vestidos impecablemente pese a la modestia de la indumentaria. Los hombres, camisa blanca y corbata; las mujeres, vestidos de un recato casi monjil. No era el mismo ambiente que el de la escuela puertoplateña, urbana y de clase media, pero tenía el insustituible ingrediente de la felicidad de estar con la madre que amaba.

“Mi mamá pasaba por la carnicería, dejaba paga la carne y seguía para el río. En lo que ella venía, mi hermanito la recogía en la carnicería, la sazónaba y la ponía a cocinar a fuego bajo. También comenzaba a hacer los dulces que mamá vendía, moviéndolos con un pedazo de higüero”.

“Pese a los buenos profesores, no aprendí mucho, por la situación de mi familia. Entonces se lavaba en el río, y era allí donde tenía que ir mi mamá. Crecí con mi hermanito, hijo de la primera unión de mi madre, y me encargaba de las cosas de la casa hasta que ella llegaba. Recuerdo que mi mamá pasaba por la carnicería, dejaba paga la carne y seguía para el río. En lo que ella venía, mi hermanito la recogía en la carnicería, la sazónaba y la ponía a cocinar a fuego bajo. También comenzaba a hacer los dulces que mamá vendía, moviéndolos con un pedazo de higüero. Aunque teníamos muy pocos años, éramos despiertos. Mamá también lo era. Le preguntaba siempre cómo sabía tanto. Si tendía una cama, debía quedar perfecta, lo que no era fácil porque los colchones eran de lana. Si fregaba un plato, tenía que verlo espejear. Los fregaba con hojas de auyama. Mi mamá era una mujer con una delicadeza ...”.

Y así, entre fogones y libros escolares fueron transcurriendo los años infantiles de Nieves Dolores. Hasta que cumplió los once años, pasó siempre las vacaciones en Santiago; en el ínterin, los encuentros con su padre ocurrían en la finca de la familia Pappaterra o en el pueblo. En una ocasión, Luis Emilio le escribió una carta expresándole su deseo de que se quedara a vivir con él en Santiago. Sintió pena por su padre que nunca, repite, la abandonó material o emocionalmente. Impulsada por los sentimientos que le despertaba su progenitor, cerró los libros e hizo nuevamente maletas. Tenía doce años y había concluido el séptimo curso.

“Mi papá tenía un solo defecto: pensaba que las mujeres no necesitábamos una profesión dice. Yo había solicitado dos becas para estudiar magisterio, y no pude conseguir ninguna. Eran cincuenta plazas y nos presentamos alrededor de quinientos estudiantes. Así que, ya en Santiago, me puse a ayudar a mi papá en su negocio, que era una panadería. Me levantaba con él a las tres de la mañana para ayudarlo a contar el pan y a ponerlo en sacos. Todos los días durante el tiempo que pasé allá”.

Fue en esa época cuando aprendió a coser para terceros. Su padre accedió a inscribirla en un taller de costura dirigido por una española de nombre Lola cuyo apellido se pierde en los recovecos de su memoria. Antes había

aprendido a bordar en richelieu, randa y punto de cruz, una habilidad dominada por un amplio universo femenino que habitaba hogares en los cuales como en el caso de Luis Emilio no se consideraba necesario que las mujeres desarrollaran la inteligencia. Parejamente, continuó estudiando y concluyó el octavo grado, el último que cursaría. Aunque tradicional la una y de corto alcance académico la otra, ambas cosas le servirán para ir labrando su propio camino.

De regreso a Gaspar Hernández, un año después de su segunda partida, Nieves Dolores cumplirá la meta de ingresar al magisterio. En 1951, la dictadura de Rafael Trujillo promulgó la Ley Orgánica de Educación 2909 que instituyó tres niveles de escolarización primaria, intermedia y secundaria, convirtió la primaria en obligatoria, estableció la gratuidad y abrió las puertas a la educación privada. Los alardes modernizadores con los que la dictadura pretendía universalizar la escolarización encontraron escollos. Predominantemente rural, el 70 % de la población dominicana era analfabeta, por lo que fue necesario un acelerado programa de formación de maestros y maestras que solventaran el déficit docente. Fue en estas circunstancias en las que Nieves Dolores logró finalmente ingresar al magisterio.

“En esa escuela impartí docencia durante seis años, ganándome el cariño de todos mis alumnos, que para mí son hijos e hijas. Casi la totalidad de ellos se han hecho profesionales: maestros, abogados, ingenieros. Me siento muy orgullosa de haberles abierto el deseo de aprender”.

“Mi graduación de octavo curso coincidió con el momento en que Trujillo creó de emergencia muchas escuelas en los campos para impartir la primaria recuerda. Participé en todos los cursos en los que nos ofrecían materias como Psicología Infantil, Pedagogía..., pero no logré un cupo en mi pueblo. Tiempo después me propusieron ir a Ojo de Agua y acepté porque estaba dispuesta a ir a cualquier lugar. Me daría cuenta pronto de que las condiciones laborales no eran precisamente buenas, pero no podía

renunciar porque ¿quién le renunciaba a Trujillo? Un día me caí de un caballo y tuve que aguantarme los dolores. Por suerte para mí, el inspector de Educación reconoció que Ojo de Agua, en la montaña, no era un lugar apropiado para mí y decidió ayudarme a lograr que me cambiaran de destino”.

Más de sesenta años después de la experiencia de Nieves Dolores, recorrer los siete kilómetros que separan a Gaspar Hernández de Ojo de Agua, un pueblito de montaña homónimo del que años después inmortalizaría en Salcedo el sacrificio de las hermanas Patria, Minerva y María Teresa Mirabal, no resulta en gran cosa gracias a las redes viales y a la amplia y variada disponibilidad de transporte, pero a mediados de los años cincuenta tenía visos de castigo. En los campos de Ojo de Agua, reconocido hoy como referente ecoturístico, la joven maestra permanecía sin poder retornar a su hogar sino cada mes. Las normas que regían el magisterio obligaban a “hacer vida” con las comunidades, lo que suponía compartir sus precarias condiciones.

El inspector compasivo cuando sufrió la caída del caballo no olvidó su promesa. Con ocasión de producirse una licencia médica en Sosúa, no vaciló en llamar a la jovencita y ofrecerle la plaza temporal, y ella accedió gustosa. La buena estrella seguiría acompañándola. El término de la suplencia coincidió con la inauguración de la escuela rural de La Piragua, distante trece kilómetros de Gaspar Hernández, y allí la destinaron. Estaba en su elemento y comenzó a construir la reputación magisterial a la que los gasparenses rinden tributo.

“En esa escuela impartí docencia durante seis años, ganándome el cariño de todos mis alumnos, que para mí son hijos e hijas. Casi la totalidad de ellos se han hecho profesionales: maestros, abogados, ingenieros. Me siento muy orgullosa de haberles abierto el deseo de aprender”, afirma Nieves Dolores.

Capítulo III:

Sus grandes amores



III. Sus grandes amores

Nieves Dolores ha amado intensamente. A sus ochenta y tres años, cuando se escribe este texto, pronuncia los nombres de Gilberto y Manuel con reverencia. Fueron ellos parte entrañable de su vida y, cada uno a su modo, la hizo intensamente feliz. Con ellos escribió una historia digna de ser contada porque habla de persistencia en la espera, comprensión, respeto y memoria.

Ella rondaría los doce años cuando las lluvias desbordaron el río Joba y las aguas inundaron el pueblo. La bravura de la corriente no intimidó a los jóvenes, asomados al puente con el alborozo de quien presencia su espectáculo favorito. Allí estaban ella y Gilberto. El aspecto físico de la pubescente era el de una muchacha mayor, y él, de dieciséis años, la vio y quedó enamorado. En una carta, enviada a través de un emisario cómplice, le confesará su enamoramiento y ella, que hasta entonces no conocía el aletear de mariposas en el estómago que provoca el amor, le respondió que sí, que también se sentía atraída por él y aceptaba ser su novia.

“Crecimos con esos amoritos de niños y a distancia porque si recta era mi madre, los papás de él no se quedaban atrás. Todo de ‘lejito’ y cuando lo dice, sonrío como era antes, sobre todo en los pueblos pequeños”.

Gilberto Antonio Hidalgo Arias dividía su tiempo entre los estudios de bachillerato en la modalidad libre y el trabajo que, pese a su corta edad y no tener apremios económicos, desempeñaba en la antigua Dirección

General de la Cédula. Pero bajo una dictadura la vida particular está sujeta a los designios del régimen. La de Gilberto no fue una excepción. Un día fue reclutado sin pedirlo para servir en las fragatas de la entonces Marina de Guerra. Que esto ocurriera no deja de ser paradójico: su sueño era ser aviador, no marinero. Cuando “cada diez años” un avión surcaba los cielos de Gaspar Hernández, la mirada del adolescente lo seguía hasta que el aparato desaparecía en lontananza. El corazón volvía a acompasar su ritmo, pero en sus ojos bailaba la esperanza de verse algún día pilotando un avión. Fue este el sueño interrumpido por su ingreso forzoso a la Marina de Guerra. Terminada la impuesta aventura marinera, pidió entrada a la Fuerza Aérea como estudiante de mecánica pensando, quizá, que sería ese el primer paso en el camino hacia la cabina del aparato. No logrará hacerse piloto, pero, en cambio, como lo recuerda Nieves Dolores con un tinte de orgullo en la voz, “se hizo el mejor mecánico diésel de este país”.

Todo había ocurrido al mismo tiempo. Él marchó a la capital y ella a ejercer de maestra en La Piragua. Dos niños enamorados separados por ocupaciones de adultos en un tiempo de distancias infranqueables. La separación abrió un paréntesis en la relación, que se cerró muy pocas veces. Nieves Dolores evoca aquella ocasión en que, habiendo viajado a la capital junto a un grupo de compueblanos para visitar el Teatro Agua y Luz en la llamada por la dictadura Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre, el azar quiso que se encontraran. Refugiados en un rinconcito, se dijeron ternezas y renovaron votos de cariño, ajenos a los más de trescientos chorros de agua de la famosa fuente que, iluminados por cuatro mil bombillas multicolores, bailaban al ritmo de valsos.

“Así se fue acercando, poco a poco, hasta que lo acepté como novio —dice Nieves Dolores—. Cuando eso ocurrió, fue a casa y habló con mi mamá y puso de inmediato la fecha del matrimonio: el 19 de marzo, Día de San José”.

El azar volverá a cambiar la vida de la joven pareja, pero esta vez de manera distinta. La compañía italiana de ingeniería Del Conte & Alasia,

con base en Venezuela, recibió, entre muchos otros contratos, el de la construcción de la carretera costera que iba de Puerto Plata hasta Samaná y varios puentes en la zona. Por su equidistancia, Gaspar Hernández será el lugar escogido por la empresa para ubicar el campamento donde vivían sus empleados extranjeros, entre ellos el español Manuel Rivero González.

“Cuando comenzaron el puente de aquí, el encofrador no dio la talla y el jefe de los ingenieros decidió pedirle a Manuel, que había emigrado de España a Venezuela y trabajaba para la empresa, que se trasladara a la República Dominicana. Él no parecía español, sino italiano. Se había familiarizado mucho con esa gente. Yo venía de La Piragua a caballo, y cuando cruzaba el río en cuyo puente él trabajaba, se quedaba mirándome embelesado. Así se enamoró él y me enamoré yo, y se olvidó Gilberto”, narra Nieves Dolores.

El momento en que reconocieron el uno al otro estar enamorados tiene su pequeña historia de connivencias. Un tío de Nieves Dolores, compañero de trabajo de Manuel, se sentó una noche en la puerta de la casa de la adolescente, como antes era habitual en los pueblos, “para tomar el fresco”. La confabulación se pondría en marcha con el paso de Manuel caminando al desgaire por la calle en que vivía quien le robaba el sueño. Un saludo entre amigos, aparentemente casual, algunas preguntas y respuestas triviales, y la curiosidad de la adolescente que pregunta al tío, ¿y ese quién es?, solo para reconfirmar lo que ya sabía a medias. La respuesta quedó en el aire.

A mediados de los años cincuenta, los sitios de diversión de Gaspar Hernández podían contarse con los dedos de la mano y no todos eran recomendables. El bar del pueblo se convirtió inevitablemente en el lugar de reunión y esparcimiento de los extranjeros empleados de la empresa a cargo de las obras encomendadas por el régimen. Tiempos más moderados que los de hoy, aquellos en los que Nieves Dolores y Manuel iniciaron su romance hacían de aquel bar un lugar muy parecido a los exclusivos clubes sociales pueblerinos. En él se daban cita las esposas de los trabajadores, pero también las de los ejecutivos, en una mezcla social empujada por la nostalgia de las grandes urbes y el torpor del aburrimiento.

“En las noches, cuando terminaban de trabajar evoca Nieves Dolores, ellos y sus esposas se sentaban alrededor de una mesa larga y nosotros, los maestros y las maestras, que éramos la juventud del pueblo, lo hacíamos en otra mesa situada al otro lado del salón. En una de esas ocasiones, un señor llamado Fello Bergès me dijo: ‘Nieves, uno de esos extranjeros está enamorado de ti’. Mi reacción fue de fingida sorpresa. ‘¿Extranjero? ¡Jesús!’, le respondí. Él insistió en hablarme del asunto y agregó que mi enamorado era español. Volví a responder del mismo modo: ‘¿Español? ¡Menos!’. Pero él, Manuel, era el único que estaba solo. Claro que yo sabía que él tenía interés en mí porque, como ya dije, cuando pasaba por el puente que estaban construyendo, me miraba siempre, y comencé a mirarlo yo también. Había algo triste en sus ojos, como si estuviera preocupado. Fue como si nos conectáramos telepáticamente”.

Los encuentros posteriores se producirían en el parque, al que Nieves Dolores acudía siempre acompañada de una hermana que fallecería siendo apenas una niña. Ella, casi siempre con una novela de Corín Tellado en las manos. Él, paseando con cierto nerviosismo por el lugar. Como si fueran personajes telladianos, la atracción entre ambos se fue desarrollando a golpe de miradas. “Así se fue acercando, poco a poco, hasta que lo acepté como novio dice Nieves Dolores. Cuando eso ocurrió, fue a casa y habló con mi mamá y puso de inmediato la fecha del matrimonio: el 19 de marzo, Día de San José”.

Mientras llegaba el momento del matrimonio, ella siguió en su escuelita de La Piragua. Hasta allá iba Manuel, montado en un mulo, para ver a la muchachita pueblerina que lo había deslumbrado con su serena belleza. Inexperto en la montura de mulos, sufrirá las consecuencias: las escoriaciones lo harán sufrir, pero no desistirá de emprender una y otra vez el trayecto que lo separaba de Nieves Dolores.

Una circunstancia imprevista e incontrolable torcerá de nuevo los planes de la muchacha. Por quiebra o terminación de las obras, no queda claro, la compañía Del Conte & Alasia abandonará el país y rescindirá el contrato

laboral de Manuel, poco antes de la celebración del matrimonio. Sin recursos suficientes para mantenerse por cuenta propia, pero con algunos asuntos por saldar con un antiguo amigo y socio en Venezuela, decidió regresar a ese país. Posiblemente con inmensa tristeza, Manuel le escribirá una carta a Nieves Dolores desde Puerto Plata, donde el grueso de los trabajadores de la empresa se concentró para abordar el barco que los llevaría de regreso a Sudamérica, contándole sobre las adversas circunstancias. No pudo conformarse con una despedida tan impersonal, por muy emotiva que fuera la carta. Cuando menos lo esperaba Nieves Dolores, Manuel tocó a su puerta.

“Cuando nos encontramos evoca Nieves Dolores nos pusimos a llorar los dos. Eran los primeros días de febrero y él me dice de pronto: ‘Ya falta poco para la boda, así que, si tú quieres, nos casamos por la ley, y cuando regrese, nos casamos por la Iglesia’. Le confié a mi mamá lo que me había propuesto Manuel y ella, muy tranquila, simplemente me dijo que era yo quien sabía lo que debía hacer. En eso entró una vecina, Isabel, y al ratito todo el mundo estaba enterado y comenzaron los preparativos. Pintamos la casita y comenzamos a buscar quién hiciera rápido el vestido porque, antes, una muchacha ‘señorita’ no se casaba sin corona y sin vestirse de novia. Todo apareció de pronto. Mi madrina, que hacía bizcochos, hizo el mío, cinco pisos para arriba. Yo estaba como en las nubes”.

Consumado el matrimonio, y tras una breve luna de miel, Manuel viajará a la capital, nuevo puerto de partida, desde donde llamará por teléfono a Nieves Dolores (“al Correo, porque entonces no había teléfono en las casas”) para pedirle que fuera a despedirlo. Y allá fue ella, la enamorada recién casada, a decirle el adiós que entonces creyó breve.

Las imágenes de aquellos días de 1958 permanecen vívidas en la memoria de Nieves Dolores. Saboreaba junto a Manuel una nueva luna de miel, voluntariamente olvidada de que sobre ellos planeaba la sombra de la despedida. En la capital, tan distinta a Gaspar Hernández, bullía la fiesta por la visita de Juan Carlos I, destinado al trono de España, que ese año embarcó en el buque-escuela Juan Sebastián de Elcano para realizar

sus prácticas de guardiamarina. Lo recuerda desfilando por la calle El Conde hasta el Altar de la Patria para depositar una ofrenda. Espectáculo inesperado que la joven recibió como un regalo que aumentó su dicha de mujer enamorada.

Un poco más allá del imponente buque-escuela español, atracaba el mercante Virginia de Churruca que, partiendo del puerto de Santa Cruz de Tenerife, cubría la travesía a La Guaira, Curazao, San Juan, Santo Domingo, La Habana y Veracruz. En ese barco partirá Manuel con la promesa de regresar lo antes posible para casarse nuevamente, como Dios y la religión mandan. No era insincero cuando prometía. Quizá fue todo y nuevamente una jugarreta artera del albur, pero Manuel no regresó.

Los meses comenzaron a transcurrir y Nieves Dolores solo recibía esporádicas cartas que hablaban de sueños por cumplir y la imposibilidad inmediata de hacerlo. El intento del dictador Rafael Trujillo de asesinar al presidente venezolano Rómulo Betancourt el 24 de junio de 1960, complicará aún más el intercambio de correspondencia. Temiendo que la procedencia venezolana de las cartas contribuyera de manera decisiva a que no llegaran a su destinataria, Manuel ideó la salida de la triangulación: de Venezuela las enviabas a un amigo a la Argentina y este, a su vez, las remitía a Gaspar Hernández, pero fue un ardid fallido: las cartas dejaron de llegar. Ante la ausencia de noticias del esposo, y aconsejada por amigos, Nieves Dolores le escribirá a Manuel a la dirección argentina conminándolo a explicar la razón de su silencio. Tres meses más tarde, la recibiría de vuelta con la palabra “desconocido” inscrita en el sobre. Descorazonada, la abrió, tal vez tan solo para recrear su nostalgia releendo lo que había escrito al hombre que amaba. Grande fue su sorpresa cuando, al pie de una de las páginas, encontró una petición que la descolocó. El remitente la urgía a no escribir más a su dirección, alegando no saber quiénes eran ella y Manuel.

“Lo cierto es que yo viví feliz durante diecisiete años y medio en la capital junto a mi esposo, padre de mis hijos Luis Ramón, Gilberto Antonio y Carlos Miguel, y de mi hija Nieves del Carmen.

“Eso no lo escribió él ni nadie, lo escribió el Servicio de Inteligencia de Trujillo, y de solo suponerlo me llené de terror —confiesa Nieves Dolores—. Jamás volví a escribirle, ni siquiera cuando en alguna ocasión recibí alguna desde España. Nunca las contesté”.

Habían transcurrido cuatro años desde que Manuel y Nieves Dolores se vieron por última vez. Más de dos de no saber el uno del otro. Tiempo suficiente para que el dolor atenuara y ella comenzara a asumir la realidad de su relación como algo que solo quedaba enmendar. Tiempo en el que tampoco había vuelto a ver a Gilberto, el noviecito de la adolescencia al que el amor por Manuel había situado en el olvido.

Pero ya se ha dicho que la vida de Nieves Dolores es una novela en permanente escritura. Un accidente laboral hará que Gilberto regrese a Gaspar Hernández a convalecer. Cumpliendo con un mandato de la solidaridad con alguien que formó parte de su vida de niña, tomó un día la decisión de visitarlo. No sentía vergüenza del abandono ni deuda moral que debiera saldar. Llegó a la casa de Gilberto a expresarle su sincero afecto de amiga y a desearle una rápida recuperación. Fue inevitable, sin embargo, que su matrimonio con Manuel fuera llevado a la conversación por Gilberto, no como reproche, sino como interés genuino en la vida de Nieves Dolores, quien no eludió la confesión de la punzante desaparición del marido.

“No es que te lo desee —le dijo Gilberto—, pero si alguna vez te divorcias, quiero casarme contigo”.

Nieves Dolores no daba crédito a sus oídos. Perpleja, no atinó a responderle. Por otras personas sabía que Gilberto, ya con 27 años, repetía a quien quisiera oírlo que ella era la única mujer a la que uniría su vida, y lo demostró manteniéndose soltero pese a las presiones maternas y de otros familiares.

De la perplejidad, Nieves Dolores pasó a la acción. Es posible que el

retorno de Gilberto fuera la gota que colmó el vaso de su larga e inútil espera. En ella había comenzado a germinar la idea de encontrar la manera de romper el vínculo legal que la ataba al ausente, y no tardó en encaminar sus pasos hasta la oficina del juez civil para pedir consejo o, de ser posible, la solución más expedita. Del despacho del funcionario salió con la referencia de un abogado: Antonio Frías Pérez, litigante mocano reconocido por sus habilidades en estrado. Sin que nadie la acompañara, fue a Moca a exponer su caso y el abogado le pidió un plazo de tres meses para devolverla a la soltería. En el ínterin, tuvo un sueño que creyó premonitorio. En él se veía caminando junto a su madre por un lugar sembrado tupidamente de palmeras, y alcanzó a ver a Manuel reclinado sobre el pequeño muro de una choza. “Manuel, vengo a despedirme”. Despertó convencida de que él había muerto.

“En tres meses me divorcié y el 29 de septiembre de 1962 me casé con Gilberto”, dice.

Siete años después, en 1969, Josefa, la madre, recibirá una carta. El remitente era Manuel. En ella preguntaba qué había sido de Nieves Dolores. Su madre se la dio a leer y ella lloró incontenible. No dijo nada a Gilberto porque entre ellos hubo desde el inicio el acuerdo tácito de no mencionar nunca su nombre.

“Lo cierto es que yo viví feliz durante diecisiete años y medio en la capital junto a mi esposo, padre de mis hijos Luis Ramón, Gilberto Antonio y Carlos Miguel, y de mi hija Nieves del Carmen. Me dediqué a coser, porque lo había aprendido con la profesora española en Santiago cuando tenía trece años, y también bordaba para una tienda de ropa de niños y niñas”, y cuando dice esto, en su rostro se dibuja la satisfacción por la vida vivida.

III. Sus grandes amores

Capítulo IV:

Regreso a casa



IV. Regreso a casa

En 1968, los hermanos Carlos y Pedro Morales Troncoso fundaron una empresa de fumigación aérea; conocedores de las capacidades profesionales de Gilberto, lo captaron como empleado para reparar los motores de las avionetas. Junto a los ingresos producidos por Nieves Dolores con la costura, su salario les permitía una vida, sino abundante, desahogada.

Pero aspiraba a más y no tardó mucho en armar su propio negocio junto a un amigo, Efraín Reyes, quien se ocuparía de reparar las tres avionetas que compraron mientras él se encargaría de la fumigación. Las cosas iban para mejor y el proyecto de vida en común era de largo aliento. Ya estaban en condiciones de adquirir casa propia, y lo intentaron en el Reparto Antillas, cercano al malecón capitalino. Las aguas provocadas por una tormenta antecedieron a la primera visita que Nieves Dolores y Gilberto hicieron al que sería su nuevo hogar. El chasco no fue pequeño: el dúplex estaba inundado y la visión presagió cosas peores. Desistieron de inmediato de la compra, pero no lograron la devolución completa del dinero avanzado. El contratiempo no los desanimó.

“Ese momento coincidió con la repartición de los terrenos de Engombe a los empleados de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, y nosotros logramos comprar dos pequeños solares. Con la venta de las acciones que yo tenía en la empresa de Gilberto y Efraín, construimos nuestra propia casa”, dice Nieves Dolores.

Mas, de pronto, la vida dejó de sonreírle: Gilberto sufrió un aparatoso accidente que le dejó graves secuelas, empeoradas, piensa ella, por la toxicidad de los productos utilizados en la fumigación. Durante los siguientes tres años, el hombre joven y vigoroso que había sido su marido se consumió lentamente. Ante el fracaso de la ciencia para devolverle la salud, Nieves Dolores se aferró a los milagros y en 1979 quiso que Gilberto asistiera al multitudinario recibimiento a Juan Pablo II para que estuviera presente en el momento de la bendición papal a la feligresía. Petición inútil porque Gilberto iba de mal en peor, y ya no se sostenía. El milagro no se produjo ni especialistas tan reputados como José Joaquín Puello pudieron evitar el fatal desenlace.

Cuando enviudó, Nieves Dolores tenía cuarenta y un años, tres hijos y una hija. El mayor, de dieciséis años; la más pequeña, de cinco. Y ella sintió caer todo el peso de la desgracia sobre sus hombros, junto a la responsabilidad inmensa de procurar a su familia las mejores condiciones para seguir creciendo social y humanamente. Estaba sola y no tenía respuesta a la pregunta de cómo lo lograría. Solo sabía que su principal soporte en los días venideros sería ella misma y tenía que sacar de abajo para seguir adelante.

Llevó a Gaspar Hernández el cadáver de Gilberto para enterrarlo en la tierra donde había nacido. No soportaba la idea de dejarlo en la capital, sobre todo porque en aquellos días ingratos comenzó a pensar en el regreso a su lugar de origen. Allí estaba su familia más cercana, los amigos y las amigas que había conservado pese a la lejanía. El aliento para no desmayar. Y estaba Luis Emilio Pappaterra, el padre que también fallecería poco después, ofreciéndole su apoyo, como lo había hecho siempre.

“¿Usted me ve así? —pregunta aludiendo implícitamente a su imagen de mujer imbatible— Pues creo ser la mujer que ha derramado más lágrimas en la vida”.

“Regresé a la capital para cerrar los negocios. Tenía una mercería en la

casa, que operaba de manera formal porque nunca he evadido impuestos, y trasladé toda la mercancía a Gaspar Hernández recuerda. Me mudé en la casa de mi mamá, que no era una mala casa, pero sí pequeña, y ahí la reinstalé. Mi papá murió poco tiempo después que Gilberto a consecuencia de una embolia, pero antes había pedido a mis hermanos no dejarme sin amparo. Todos vinieron a darme sus condolencias”.

Fortunato, uno de sus hermanos, le preguntó qué tipo de ayuda requería, si dinero en préstamo para aumentar el capital de la tienda o montar un negocio similar al de ellos; es decir, la venta de repuestos de motocicletas. Nieves Dolores no vaciló en optar por lo último. Fortuna, como ella le llama, no perdió tiempo para satisfacer sus expectativas. Él mismo se trasladó a Gaspar Hernández con varios de sus trabajadores para ayudarla a organizar la tienda en un local que Nieves Dolores alquiló por setenta y cinco pesos. Previsora, quiso mantener la mercería en el mismo lugar, pero se dio cuenta de que “una cosa no combinaba con la otra”. Fortunato le abrirá las puertas de sus suplidores, entre ellos la tienda capitalina Radio Centro, que Nieves Dolores comenzaría a visitar cada mes para liquidar las ventas por comisión. Desde el principio, fue ella la timonel de su negocio, si bien todo el que la rodeaba le arrimó el hombro.

“Contaba con mis sobrinitos, que tenían más o menos la edad de mis hijos. Si necesitaba un mecánico, aparecía un primo u otro muchacho, y así todo. Dios me metió mucho la mano. A mis hijos y mi hija les fui inculcando el valor de la honestidad, porque ser honesto es la riqueza más grande que un ser humano pueda tener. También les enseñé el valor de agradecer lo que los demás hacen por ellos. Agradezco a mis hermanos que tuvieran confianza en mí, aunque, me dice Fortuna, no dejaron de preguntarse qué sabía yo para meterme en ese negocio”, rememora.

Pudo hacerlo, sin embargo, sobreponiéndose a la pena que la abrumaba. “¿Usted me ve así? pregunta aludiendo implícitamente a su imagen de mujer imbatible Pues creo ser la mujer que ha derramado más lágrimas en la vida”.

Nieves Ghildania, la nieta que lleva su nombre, ha permanecido discreta y callada escuchando a su abuela narrar su historia. Solo cuando ella alude a sus dolores, se atreve a interrumpirla para relatar el momento en que una conocida le manifestó su admiración por Nieves Dolores. “Me dijo que recuerda verla en el velatorio de mi abuelo abrazando a sus cuatro hijos. ‘Todas las mujeres de por aquí tomamos fuerza al ver a tu abuela y nos dijimos que, si ella podía salir adelante, nosotras, que no teníamos tantos hijos, también podíamos hacerlo’, me confesó”. Nieves Dolores, hasta ese momento serena, lloró una vez más.

Razones sobran para considerarla un ejemplo. Tras el empujón inicial de sus hermanos, especialmente de Fortunato, comenzó a prosperar. Ya no solo eran motores usados y sus repuestos, sino también artículos del hogar. Infatigable, dedicaba horas incontables al negocio y vio crecer la rentabilidad como posiblemente no lo supuso cuando se embarcó en la aventura.

“Antes de los diez años recuerda compré un terreno donde ahora tenemos un supermercado. No era un terreno plano, sino una loma, que comencé a rebajar con pico y pala. Muchos me relajaban y me preguntaban qué iba a hacer en ese cerro. ¿En ese cerro? Tremenda tienda es lo que hay ahí. Compré después una casa vieja donde antes estuvo un colegio y construí una casa de dos plantas. Fue la primera que hice en Gaspar Hernández. Comencé a hacer de todo, y en 1990 ya no dependía de la ayuda de mis hermanos y tuve la dicha de contar con el respaldo de muchos buenos suplidores”.

Seis años después de haber iniciado sus negocios, en 1986, realizó su primer viaje internacional, con Nueva York como destino. Al año siguiente, recaló en México y, después, en Puerto Rico. “Siempre en familia dice porque nunca he viajado sola”. En 1989 visitará Europa por primera vez, “un viaje lindísimo”. Desde entonces ha agregado muchos sellos migratorios al pasaporte, aprovechando para el disfrute el tiempo que la vida le regala. Ya no es, como hasta hace relativamente poco tiempo, quien se ocupa de los ne asumido los hijos. El mercado se ha complejizado y exige otro tipo de competencias. No obstante, cuando “baja el dedo” hay que hacer lo que

ella diga. Todos reconocen que se lo ha ganado con creces.

La lista de los negocios de la familia es larga. No andaría descaminado quien afirme, como se dice popularmente, que Nieves Dolores y sus hijos son dueños “de medio pueblo”. Individuales o comunes, manejan desde la más grande ferretería y tienda de electrodomésticos, con sucursales en Sosúa y Veragua, que distribuye la marca Padoni, fabricada en China especialmente para el Grupo Pappaterra, hasta un moderno gimnasio, un supermercado, consultorios odontológicos, un centro de imagen, una fábrica de block, y el que ella considera la joya de la corona: un hotel de cuatro plantas y trece habitaciones que decidió levantar contra viento y marea.

Rodeando la imponente casa en la que ahora reside, situada en una calle bautizada con su nombre por la alcaldía gasparense, están las de sus hijos Luis Ramón y Nieves del Carmen. En los alrededores se encuentran tres edificios, con un total de doce apartamentos, que construyó para regalar a cada uno de sus nietas y nietos, algunos todavía sin edad de ocuparlos. Es la herencia de una mujer desprendida que supo siempre sobreponerse al infortunio y aprendió el valor de la solidaridad que ahora prodiga.

“Mis hijos y mi hija estudiaron, se casaron con buenas parejas, a las que quiero como a ellos mismos. Nos hemos fajado todos a trabajar y todo el mundo ha progresado. Todo lo que he tenido para mí lo ha tenido mi familia. Mis nietos y mis nietas han estudiado en buenos colegios bilingües en Sosúa y se han hecho profesionales. Todo el mundo me ha mirado con respeto y cariño, y aunque sea difícil decirlo de una misma, a la vista está”, dice cerrando el prolongado diálogo sostenido en una oficina de cuyas paredes cuelgan parte de los pergaminos y placas recibidos de las más variadas instituciones y grupos sociales. Testimonio gráfico del aprecio que el pueblo de Gaspar Hernández siente por esta mujer que, a sus ochenta y tantos años, continúa simbolizando la entrega al trabajo y el amor por el terruño en que abrió los ojos al mundo.

Capítulo V:

*Las voces de sus hijos
y su hija*



V. Las voces de sus hijos y su hija

LUIS RAMÓN

El primero en hablar es Luis Ramón, el mayor de los varones. Ha asistido a la conversación para este libro con su madre y escuchado con atención cada una de sus palabras. “Es una vida digna de una telenovela”, dice cuando ella concluye y él comienza a hablar de lo que esta mujer ha significado en su vida.

Por descontado hay que dar que admira su tesón y entereza. Se regodea en decir que, desde pequeño, ha gozado de su confianza, quizá porque es el mayor o porque está siempre atento a prestarle oídos.

“Puedo estar o no de acuerdo con ella, pero la escucho dice, y tal vez por eso siente más confianza de tratar muchas cosas conmigo. Desde niño hubo esa interacción entre ambos. Recuerdo que cuando papá estuvo enfermo, ella me hablaba del futuro de nosotros. Y aun antes, porque mamá ha sido toda la vida muy emprendedora. Aun no siendo la empresaria que es hoy, tuvo la particularidad de estar constantemente comenzando proyectos. Mi papá era más operativo: generaba el dinero, pero era ella quien actuaba, la que tenía el ímpetu para hacer cosas. Esa ha sido su marca distintiva”.

En ese ambiente hogareño en el que Nieves Dolores era el fuego de la hoguera, Luis Ramón, sus hermanos y su hermana se alimentaron de

sueños de un progreso personal que no anesthesiara la sensibilidad humana. “Fruto de esa tenacidad, mire a dónde ha llegado y nos ha hecho llegar a nosotros. Como madre, nos ha dado su cariño a todos agrega, lo que ha sido decisivo en que seamos una familia unida; siempre aspiró a tenernos a su alrededor y el destino la ha complacido: todos vivimos aquí”.

Tras la muerte de su padre, Luis Ramón cursará el último grado del bachillerato en Gaspar Hernández, pero se trasladará a la capital para estudiar la carrera de Administración de Empresa en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Hace cuarenta años, cuando los dominicanos y las dominicanas no osaban siquiera imaginar que llegaría el día en que el teléfono celular se convertiría en una suerte de prótesis, su madre no dejó de ser guardiana de su vida de adolescente. Cada lunes, sin faltar ninguno, junto a cajas repletas de alimentos y productos personales, recibía una carta llena de “esos consejos que siempre dan las madres” y con la invitación a no olvidar que debía honrar la memoria del padre manteniendo una conducta irreprochable. “Cuando quería hacer cualquiera de las cosas que hacen los jóvenes, recordaba los consejos de mamá y me decía a mí mismo que no podía quedarle mal, y eso incluía los estudios. Así que terminé la carrera en el tiempo establecido en el pensum: un año de Colegio Universitario y cuatro de facultad”.

“Mamá ha sido toda la vida muy emprendedora. Aun no siendo la empresaria que es hoy, tuvo la particularidad de estar constantemente comenzando proyectos. Mi papá era más operativo: generaba el dinero, pero era ella quien actuaba, la que tenía el ímpetu para hacer cosas. Esa ha sido su marca distintiva”

No regresará de inmediato. En 1987 obtuvo su primer empleo en Santo Domingo y decidió quedarse. La elección es comprensible; su vínculo con Gaspar Hernández era meramente afectivo, no de pertenencia. El pequeño pueblo era el lugar de sus vacaciones anuales, de recuerdos felices, pero esporádicos, de su niñez. La capital, en cambio, era el sitio de su nacimiento

y donde creció tejiendo redes de amistad que nutrían su cotidianidad. Entró como auxiliar en la compañía donde trabajaba y progresó rápidamente a una gerencia. Se sentía bien y lo confiesa. A la par, los negocios de Nieves Dolores, que regenteaba junto a Carlos Miguel, el menor de sus varones, y unos sobrinos, comenzaron a crecer y ella no tardó en insinuarle el regreso.

Luis Ramón terminará cediendo, pero solo por complacerla. Postergó sus planes de realizar una maestría en Recursos Humanos y de ascender en un campo en el que la competencia era entonces escasa. Al final, nada definitivo lo retenía en Santo Domingo. Soltero y sin descendencia, se dijo que nada perdía yéndose a acompañar a su madre durante un año.

“Renuncié del trabajo pese a los consejos en contrario de mi jefe, y el 7 de julio de 1989 llegué a Gaspar Hernández. Me integré de inmediato al negocio, que había comenzado a crecer mucho. Construimos este local (donde funcionan la ferretería, la tienda de electrodomésticos y las oficinas administrativas) y emprendimos cosas distintas, porque las oportunidades eran muchas”, rememora.

La tentación del regreso a la capital reaparecerá en forma de nueva oferta laboral de su antiguo jefe, para entonces ejecutivo de la Sociedad Industrial Dominicana (La Manicera), una pujante empresa fundada en 1937 para producir aceites comestibles y que, con el tiempo, fue ampliando su catálogo. La oferta era tentadora, al punto de llevarlo a preguntarse qué haría con tanto dinero de salario. Pero “la sangre pesó más que el agua” y se convenció de que no podía darle la espalda a los bullentes negocios de su madre que eran, en definitiva, negocios de la familia. Además, se había enamorado. Terminado el plazo de una semana que había pedido al oferente para sopesar la oferta, le comunicó su decisión de quedarse sin más titubeos. Desde entonces han transcurrido treinta años.

Luis Ramón está convencido de que ninguno de ellos la ha decepcionado. No son perfectos, pero se han empeñado en no apartarse de las normas éticas de Nieves Dolores y de manejar los negocios con “honestidad,

responsabilidad, y pulcritud”, cualidades todas que inscribe entre los más altos valores humanos. Hijos de otros tiempos, los hermanos mantienen actualizadas las estrategias de negocios y discuten con franqueza sus respectivos puntos de vista. Cuando necesitan asesoría externa, no vacilan en buscarla. Lo que permanece invariable es la fidelidad a su pueblo, de cuyo progreso se sienten compromisarios. Pudieran vivir en Sosúa, cosmopolita por turística, pero prefieren hacerlo en la pequeña ciudad que les ha brindado apoyo y respeto, y donde su madre es objeto de reconocimiento y aprecio colectivo.

“Aunque mamá fue soltando, llevó siempre la batuta. Esto no significa que no confiara en nosotros, por lo contrario. Delegó y nos dio participación en los negocios —afirma—, cosa que pocos hacen; decir a los hijos: ‘vengan, que ustedes van a participar igual que yo’. Eso no lo hace todo el mundo; he visto muchas empresas familiares en las que los viejos nunca sueltan, pero ella confió en la segunda generación y nos brindó la oportunidad de desarrollarnos, aunque sigue incidiendo”.

“Mamá siente mucho por este pueblo afirma sin vacilación. Cuando mi padre muere, hubiéramos podido quedarnos en la capital, eso sucede a diario. Hubiéramos comenzado a trabajar, porque estoy seguro de que los amigos de papá nos hubieran respaldado, pero mamá prefirió regresar porque valora mucho sus orígenes y porque aquí estaba su madre, a quien quiso mucho. No niego que todo era muy incierto, pero estoy convencido de que ella tenía su destino marcado. Dios le fue tejiendo el futuro. La ayuda de su hermano Fortunato fue clave en su vida. Fue él quien nos involucró en estos menesteres; mamá nunca había manejado un negocio de esta naturaleza, pero aceptó el reto”.

En el elenco de parecidos con su madre, Luis Ramón inscribe la

curiosidad. Desde muy temprano aprendió de ella a observarlo todo, a no dejar escapar los detalles. Reconoce, empero, que su memoria no es tan privilegiada como la materna. “Salimos de viaje y, veinte años después, ella recuerda cosas que yo he olvidado por completo. Como es tan observadora, protesta si nos dormimos en el camino. He ido más veces a Nueva York que ella dice, pero mamá lo conoce mejor. Por todo eso nuestra niñez fue muy feliz. Tuvimos un papá que se dedicó a nosotros y si alguna vez pelearon, lo hicieron en la habitación para que nadie los oyera. Mamá procuró siempre que él se sintiera bien, porque era un esclavo del trabajo. De lunes a sábado se levantaba todos los días a las dos y media de la madrugada para ir a recoger a un grupo de empleados bajo su mando y seguir para cualquiera de los ingenios a trabajar. En aquellos años, eso no era fácil, y mamá siempre veló por él”.

Ninguno de los varones parece haber heredado de Nieves Dolores la capacidad de no cansarse nunca. Ellos son “más apacibles”, distintos a la madre, quien siempre lleva puesta “la ropa de pelea”. Casi con toda seguridad, piensa Luis Ramón, ahí radica su éxito: en haber enfrentado la vida con una determinación poco común. No es un hándicap que sea necesario corregir. Le ha ido bien así. Basta con ver cómo disfruta la vida, cómo cuenta su historia, “que es como un libro y quien la oye quisiera que se la repitieran varias veces”.

CARLOS MIGUEL

Cuando Gilberto murió, Carlos Miguel tenía apenas diez años. Demasiado niño para asimilar el golpe que lo dejaba sin la amorosa tutela paterna, pero con suficiente capacidad para entender el papel preponderante que su madre pasaba a jugar en sus vidas.

Nieves Dolores, dice él, fundió los roles de madre y padre con una fuerza que no dejó espacio a otra cosa que al denuedo de mantener unida la familia (“no nos repartió, no comenzó a regar muchachos”, dice satisfecho) y proveerles a sus hijos y a su hija todos los recursos que les permitieran no quedarse en el camino.

“Todo lo hizo de la nada porque, cuando llegamos a Gaspar Hernández, ella tenía cero capital. Mamá echó para adelante, trajo el negocio que tenía en Santo Domingo, alquiló un local y, con ayuda de los familiares, salimos a camino”, dato repetido porque lo logrado está a la vista.

De los varones, es quien más tiempo ha pasado junto a su madre desde que la malhadada circunstancia de su viudez la llevó a retornar a su patria chica. Nunca quiso marcharse de Gaspar Hernández, ni siquiera para estudiar la carrera de Contabilidad, que cursará en la Universidad Federico Henríquez y Carvajal, en Puerto Plata.

“La niñez no nos permite ver algunas cosas continúa; solo vemos los resultados. No cómo se hacen y se consiguen. Esto cambia con la adultez. Cuando su hermano Fortunato la ayudó a emprender su primer negocio, yo estudiaba y al mismo tiempo trabajaba a su lado. Iba a la escuela en la mañana y, en la tarde, al negocio. La universidad la cursé en la modalidad sabatina. Fue un largo proceso en el que me di cuenta cabalmente del alcance de lo que hacía mamá”.

No es que no procurara aclimatarse a la capital e iniciar su carrera profesional en alguna de sus universidades, pero habiendo salido de la vorágine urbana siendo aún muy niño, comenzó a extrañar casi enfermizamente la placidez de la vida gasparense. “Mis hermanos, que estudiaban en la capital, le comentaron a mamá que yo apenas comía y que andaba constantemente deprimido, por lo que ella me pidió regresar. Me llegó su petición a las cuatro de la tarde y a las diez de la mañana del día siguiente estaba en Gaspar Hernández. Mis amigos me aconsejaban no abandonar el semestre, que apenas había iniciado, porque el retiro de las materias dañaría mi récord, pero nada de eso me importó”, recuerda Carlos Miguel.

Nunca vio a su madre desviarse de sus objetivos para dedicar tiempo

e ilusiones a la idea de rehacer su vida sentimental, pese a que la viudez de Gilberto la sorprendió joven y hermosa. Tan empeñada estuvo en su determinación de no buscar reemplazo al esposo fallecido, que sus hijos y su hija llegaron a contradecirla y a buscar con ahínco la manera de hacerla cambiar de idea. Ellos habían comenzado a construir sus propias vidas familiares y temían que la soledad hiciera mella en el ánimo de Nieves Dolores, quien, en la preservación de la viudez, fue una mujer fuera de época.

Cumplidora y responsable hasta la exageración, Nieves Dolores no siempre entiende las dinámicas que sus hijos han impreso a los negocios. Encargado de llevar las finanzas, Carlos Miguel debe en ocasiones hacerla entrar en razón, persuadirla de que, en este siglo XXI, la actividad empresarial tiene nuevos códigos, que no es posible “vaciar la caja y quedarse sin efectivo” cuando hay plazos para cumplir los compromisos.

Vuelve atrás para recrear sus impresiones sobre la mujer que, a estas alturas de su vida, continúa alumbrándolo como un faro. Recuerda esos años de su niñez en que su madre solo tenía que mirarlo para comunicarle el reproche cuando exageraba sus travesuras infantiles. En la repartición de las responsabilidades educativas, tocaba a Gilberto el castigo físico de los hijos cuando la violación de las normas hogareñas sobrepasaba el límite. No ocurría con frecuencia porque, al parecer, sus hermanos, su hermana y él nacieron “con el gen de la obediencia”.

Está convencido de que, si le dieran la oportunidad de renacer, querría que el vientre de Nieves Dolores lo engendrara por segunda vez. No hay banalidad en lo que dice. Durante sus poco más de cincuenta años de vida, ha visto a esta mujer crecerse en las dificultades, vencer obstáculos con una determinación que lo asombra. Tanta es su fuerza vital que en no pocas ocasiones él se ha permitido aconsejarle prudencia y decirle, en un símil beisbolero, que “no a todos los roletazos se les da de frente”, como ella acostumbra casi por naturaleza. Y así en todo, en los negocios como en lo

personal, sin parar mientes en que la vida es dar y tomar y que es siempre conveniente encontrar el equilibrio.

“Mis hermanos, que estudiaban en la capital, le comentaron a mamá que yo apenas comía y que andaba constantemente deprimido, por lo que ella me pidió regresar. Me llegó su petición a las cuatro de la tarde y a las diez de la mañana del día siguiente estaba en Gaspar Hernández”.

No es que le censure esa manera de ser, más bien la entiende porque su madre se ha forjado en lucha con la vida. Diría incluso que le adivina algunas ventajas, como el liderazgo innato que demuestra en cualquier circunstancia. Nada lo ejemplifica mejor que los viajes que han hecho juntos, como el último a Europa, antes de que la pandemia del coronavirus cerrara las fronteras del mundo. Cincuenta personas en un tour, incluidos todos sus hijos y sus parejas, y ella brillando en posesión de la respuesta oportuna para todo y todos.

“Creo, sin embargo, que nos parecemos en muchas cosas apunta Carlos Miguel. Como ella, he aprendido que ‘donde se mata, se desuella’, es decir, no hay tiempo que perder cuando debemos tomar decisiones. A veces las cosas pueden salir mal, pero, en lo que a nosotros respecta, hasta ahora nos han salido bien. También tenemos en común la responsabilidad, aunque ella diga lo contrario (y ríe cuando lo dice); quizá, como ella, sobreprotejo a mis hijos”.

La contraparte lógica de estos parecidos son las desemejanzas. A él, la experiencia acumulada con los años le ha morigerado los impulsos. Ahora corre menos riesgos. Ella no es así. A sus 83 años continúa emprendiendo proyectos

empresarialmente aventurados, como el hotel que construyó e inauguró antes de la covid-9, lo que él posiblemente no haría piensa cuando llegue a esa edad. Infiere que esa actividad permanente a una edad en que debería

estar disfrutando tranquilamente de los beneficios de su trabajo, está determinada por la necesidad de Nieves Dolores de sentirse útil. Intento redundante porque útil será hasta el último día de su vida.

NIEVES DEL CARMEN

La memoria que conserva de su primera infancia está salpicada por imágenes del padre. Piensa en él y lo ve sentado en el patio, junto a un hermano, escuchando en la radio la transmisión de la pelota. Lo ve cambiando de lugar y balanceándose en la mecedora frente al televisor, momento que ella aprovechaba para acostarse a sus pies. Y lo recuerda enfermo, y a su madre llorando su muerte en una sala de donde habían sacado el mobiliario. Después, se ve a sí misma sentada junto a Nieves Dolores en la ambulancia que trasladaba el cadáver de la capital a Gaspar Hernández. Ella tenía cinco años y no podía entender.

“Durante un tiempo no me di cuenta de que mi padre estaba muerto. Decía que estaba dormido y que despertaría. Las muchachas que trabajan en la casa de mi abuela paterna intentaban distraerme jugando conmigo a las muñecas”, dice.

Nieves del Carmen es egresada de la Universidad Odontológica Dominicana y cursó una especialidad en México. Durante los tres años de sus estudios mexicanos, viajó numerosas veces entre un país y otro, pero no la deslumbró el cosmopolitismo y las oportunidades que le brindaba el Distrito Federal. Se siente bien en Gaspar Hernández, donde cosecha los frutos de su propia siembra. No viviría en otro lugar, en el país o en el extranjero.

A diferencia de sus hermanos, no participa en la gestión de los negocios familiares, sobre los que opina cuando es necesario, pero guardando la distancia porque, reconoce, no sabría cómo manejarse con ellos. heredera de la estirpe emprendedora de su madre, tiene sus propios y prósperos negocios: dos consultorios dentales, un centro de imágenes, un gimnasio modernamente equipado, una peluquería y tres farmacias que van camino

a ser cuatro. Con ímpetu parejo al de su progenitora, avanza con paso firme hacia su particular meta.

“Aprendí a cocinar a los ocho años, porque me daba pena ver lo mucho que trabajaba mi mamá lo evoca y la voz se le quiebra. Pensaba que cocinando le quitaba carga. Tengo un amigo de infancia que me dice ‘abejita’. Ambos participamos en un chat de gasparenses, y en una ocasión me dice: ‘la muchachita que más rápido caminaba eras tú’. Y me digo: ‘si él supiera por qué caminaba rápido’. La razón no era otra que, cuando no había quien nos ayudara, mi mamá iba del negocio a la casa a cocinar; por eso, cuando salía de la escuela, caminaba rápido, no me detenía con los compañeritos, para poder llegar antes e ir adelantando la comida de modo que cuando ella llegara tuviera menos cosas para hacer. Me subía en un block para alcanzar la hornilla. Así fui aprendiendo a cocinar”.

Las exigencias abrumadoras del negocio no impedían a Nieves Dolores ser celosa del quehacer de sus hijos y su hija ni brindarles cariño. No es que sea perfecta, Nieves del Carmen no lo pretende. Como todo el mundo, tiene defectos que ella y sus hermanos han aprendido a sobrellevar porque saben que nadie sale indemne de la lucha contra las adversidades. Le gustaría que fuera menos reticente a que la contradigan, que “cediera un poquito” y, como consecuencia de aceptar la opinión ajena, aprendiera a escuchar.

“Es una mujer trabajadora, responsable, dedicada [...], fuerte de carácter, eso sí, pero se lo toleramos. A ninguno de nosotros le gustaría hacerla sentir mal. Por ejemplo, ahora ella está sola y eso me angustia. Me gustaría que viviera conmigo, pero se niega. Como vivimos en casas contiguas, estoy al tanto de lo que hace, pero no me basta. Pienso, sin embargo, en que es una mujer de fe y que esa fe la ayuda a superar sus tribulaciones”, dice Nieves del Carmen, quien se define como “la réplica” de su madre. Como ella, es “un poco intensa”, lo que le permite llevar a cabo lo que se propone. Contrario a ella, no se estresa con el trabajo, el que planifica meticulosamente.

“Psicológicamente, las personas adquirimos las conductas de nuestro

padre y nuestra madre razona. Siento que tengo tanto de ella que no me atrevo a discriminar. Por eso digo a mis hijos ‘no me critiquen, que soy como la abuela’”. Una advertencia paradójica porque Nieves del Carmen tiene reservas frente a las decisiones que toma su madre con los nietos y las nietas, sobre todo su empeño en dejarles desbrozado el camino cuando muera. A esas reservas no subyace reconvención alguna; si algo tiene claro es que las previsiones de Nieves Dolores nacen del amor, la importancia que concede a la familia y el convencimiento de que los lazos familiares estrechos enriquecen la vida. El suyo no es un amor egoísta: sabe también ser generosa y solidaria con terceros fuera de su círculo. Discreta, cumple a pie juntillas lo que propugna el evangelista Mateo: “No dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace la derecha”. Alardear de su caridad no es defecto que le pueda ser imputado.

Tampoco le critica su persistencia en el trabajo, pese al deseo familiar unánime, ya descrito por Luis Ramón y Carlos Miguel, de que Nieves Dolores se ocupe de cuestiones menos agobiantes. Deseo irrealizable, también lo saben, porque ella no cederá; y quizá sea mejor así: octogenaria, las actividades en que se involucra diariamente son la dínamo que mueve su vida. Si le faltaran, se apagaría.

“Mamá tiene muchas historias bonitas recapitula Nieves del Carmen. Por ejemplo, la relación con su madre. A ambas las unía una gran confianza mutua. Eran locas una por la otra, y se llevaban muy bien. Mi abuela murió en febrero de 1999 y ella lo sufrió mucho. No sé si se debe a que era la mayor de las hembras, pero sus hermanas y su hermano maternos siempre la han visto como una segunda madre”.

Nieves del Carmen lo repetirá varias veces: la historia de la vida de su madre merece ser escrita. Está preñada de logros sociales que la enorgullecen y de vivencias personales que despiertan su ternura. Por eso, cuando en marzo de 2021 a su madre le impusieron la **Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana**, no dudó de que se consumaba un acto de justicia.

GILBERTO ANTONIO

Gilberto Antonio tendría alrededor de doce años el día que acompañó a su madre a Villa Consuelo a comprar mercancía para su tienda. En ese populoso barrio, Nieves Dolores tenía un suplidor que era a la vez su amigo. Cuando llegaron, encontraron a don Toño, que así apodaban al dueño del negocio, al borde de la desesperación: el fuego había consumido el local y, con él, buena parte de la mercancía y los documentos administrativos, entre ellos, claro está, los comprobantes de deudas pendientes de los clientes.

Nieves Dolores recordó al comerciante que ella le adeudaba mercancía y quería pagarla. Con el rostro transfigurado por la pena, don Toño le respondió que él no recordaba el monto y que, además, tampoco tenía cómo verificarlo porque las facturas se habían convertido en ceniza. “Se quemó la factura original replicó ella pero no la copia, y acto seguido le extendió al boquiabierto hombre el papel que llevaba en la cartera. Y saldó la deuda.

Para Gilberto Antonio, el segundo de los hijos de Nieves Dolores, lo acontecido ese día no es mera anécdota de infancia, sino una lección de probidad que nunca ha olvidado. Su madre les enseñó valores con su conducta y su prédica. Los ejemplos abundan: “Una vez le dije ‘mamá, a veces me siento medio pendejo porque estoy seguro de que, si al salir por esa puerta miro para los lados y encuentro una funda de dinero, no la tomaré por miedo’. Su respuesta fue contundente: ‘No salgas mirando para los lados, mira siempre de frente’. Está claro lo que quiso decirme”.

La rectitud y fortaleza de su madre los resguardó a todos de los nocivos efectos de la inseguridad cuando, siendo él y Luis Ramón adolescentes, y Carlos Miguel y Nieves del Carmen niños, quedaron huérfanos. No la recuerda aplastada por el peso de la desventura, sino decidida a proveerles las oportunidades por las que había luchado junto a su marido. Cuando en 1980 comenzó a vender motores y repuestos, no faltó quien le augurara el fracaso porque en Gaspar Hernández “no había mercado”. Eran todavía los tiempos en que la gente usaba de preferencia el transporte animal, y los pesimistas sostenían que nada cambiaría en el futuro inmediato. Nieves

Dolores creía lo contrario.

“Mamá tiene un don único. Es una emprendedora a la que nadie le gana. A veces, en broma, mis hermanos me dicen que la consiento en todo; les respondo que ha tenido más éxito que ellos. ¡Es a mamá a quien tengo que caerle atrás!”.

Maestra por vocación, Nieves Dolores indujo a su prole a no quedarse académicamente atrás. Los cuatro asistieron a las aulas universitarias, aunque Gilberto Antonio, quien había comenzado sus estudios de Ingeniería Electromecánica en Santo Domingo, los interrumpió para emplearse en la compañía telefónica Codetel. Llegó el momento, sin embargo, en que la prosperidad de los negocios familiares cambió su acodamiento al salario que devengaba. Hizo maletas con la intención de ponerse en camino a Gaspar Hernández. Pero, como dice el viejo refrán, “una cosa piensa el burro y otra el que lo apareja”: Nieves Dolores condicionó el regreso del hijo a que se comprometiera a terminar la carrera. Entre risas, él dice ahora que estudiar Ingeniería en Informática, disciplina en la que se graduó, fue “su visa de entrada”.

“Mamá nunca dio notaciones de sentirse derrotada agrega porque cuando dice ‘por ahí voy’, nada la detiene. Siempre se enfoca. Recuerdo el día en que, sentados en el patio de la ferretería, mamá miró hacia un terreno aledaño que había adquirido sin una finalidad precisa, y dijo: ‘Ahí voy a hacer una casa’. Lo siguiente fue llamar a un primo ingeniero y comenzar las gestiones para iniciar las obras”.

Cuando hace el inventario de los éxitos empresariales de su madre, Gilberto Antonio se reafirma en el convencimiento de que la formación no es todo, su madre llegó apenas a un octavo grado. Se necesita, además, “nacer con algo”, y ese algo especial, casi un don, lo adivina en Nieves Dolores. Su aceptación del riesgo, del que tanta gente huye, es una de sus principales características. La construcción de un hotel es el último ejemplo de lo que viene diciendo. Ella tenía, más que una idea, un sueño, y no se

detuvo hasta alcanzarlo pese a la resistencia de los hijos, de la que él se excluye porque fue el único que le brindó pleno apoyo. Fueron meses de un trabajo agotador. Meses en los que Nieves Dolores, protegiéndose del sol con una sombrilla y resguardada por Gilberto Antonio para evitar una caída, bajaba y subía empinadas rampas hasta lo más alto de la construcción para supervisar directamente que se cumplieran las normas de calidad.

“Mamá tiene un don único. Es una emprendedora a la que nadie le gana recalca. A veces, en broma, mis hermanos me dicen que la consiento en todo; les respondo que ha tenido más éxito que ellos. ¡Es a mamá a quien tengo que caerle atrás! Es que todo lo hace con criterio. Cuando fue modista, por ejemplo, hacía a mano unos fabulosos vestidos de novia. Todo lo hace bien y nunca deja de pensar nuevas iniciativas. Todavía hoy, cuando suena el teléfono de madrugada, sé que es ella quien llama. Me limito a preguntarle: ‘¿En qué pensó?’, y ella comienza a esa hora a contarme sus planes”.

A la edad que tienen todos, que la madre diga siempre la última palabra en los negocios, no deja de escocer, aunque cuando Gilberto Antonio pone en la balanza las ventajas y desventajas de la situación, el fiel se inclina invariablemente al lado positivo: si alguna vez los asaltara la tentación de incurrir en inconductas, pensar en Nieves Dolores los disuadiría. Además, la modernización del manejo de las empresas para adecuarlas a las cambiantes exigencias del consumidor, pasa siempre por el filtro de su inteligencia y perspicacia para los negocios.

El éxito empresarial no los ciega. Saben de sobra que “hay dinero que es mejor dejarlo pasar” porque, de no hacerlo, la tranquilidad de conciencia con la que viven se resquebrajaría. Para Gilberto Antonio, la forma de vida que llevan “es barata”, y a él lo mismo le da comer en un hotel que en una fonda. Abrevando en los valores que les inculcó la madre, él y sus hermanos se cuidan de infligir

humillaciones a terceras personas, y en los negocios, cuidan el trato

que dispensan a los empleados y las empleadas, con quienes mantienen relaciones de iguales.

Fueron precisamente asalariados de una de las empresas de la familia, Pappaterra Radio Motors, quienes impulsaron en el 2009 la creación de la Cooperativa de Ahorro, Crédito y Servicios Múltiples de Gaspar Hernández (Coopgapa), para responder a las necesidades de crédito y sociales de sus socios. Abierta a la participación del público en el 2011, la entidad funciona en Sosúa y Veragua, donde las empresas del Grupo Pappaterra tienen sucursales. Presidenta ad vitam de la cooperativa y cabeza de su Comité de Educación, Nieves Dolores recrea su vocación magisterial promoviendo cursos formativos en colaboración con entidades como el Instituto Nacional de Formación Técnico Profesional (Infotep).

“Todo lo bueno que uno pueda imaginar lo define Nieves Pappaterra. Mamá es muy entregada a la familia, muy entregada. Si fuera otra persona concluye posiblemente estaría disfrutando de los bienes que ha conseguido con su trabajo, pero no lo hace, sino que todo lo comparte. En muchos aspectos, sé que no puedo ser como ella, que no la alcanzo. Quizá porque saqué muchas cosas de mi padre, que era más tranquilo. Él producía y ella administraba, gracias a lo cual pudimos tener casa en la capital. Siempre decimos que lo nuestro es lo mejor, pero lo cierto es que mis hermanos, mi hermana y yo tuvimos unos padres cien por ciento dedicados a la familia. A eso le atribuyo no tener traumas y haber sido un niño feliz”.

Capítulo VI:

***Mi abuela es la roca que
nos sostiene***



VI. Mi abuela es la roca que nos sostiene

Un lapso de silencio precede a sus lágrimas. Entrelaza las manos y baja la cabeza. Como poco antes la de su tía Nieves del Carmen, la voz de esta joven mujer estudiante de Medicina se quiebra cuando dice: “Ella es la roca de la familia, la que nos ha mantenido unidos cuando hemos tenido altibajos. Miro a mi abuela, veo su firmeza, su capacidad de razonar y deseo casi con vehemencia ser como ella”.

Nieves Ghildania, hija de Gilberto Antonio, habla con espontánea pasión de Nieves Dolores, la abuela que, quizá sin proponérselo, es el libro cotidianamente abierto donde ella aprende las mejores lecciones para una vida buena. Cree no equivocarse cuando, usando el plural, describe la percepción que las siete nietas y los cinco nietos tienen de la abuela: “una mujer trabajadora, que ha salido a flote prácticamente sola; fuerte, como lo ha demostrado en los momentos más difíciles de su vida, y que, aunque no demuestre cariño con muchos abrazos y besos, siempre ha estado para nosotros. Con los años, ha ido aprendiendo a comunicar más afecto emocional que material, a veces solo estando ahí, en silencio”.

Dicho esto, se instala en la singularidad de sus emociones. Esas en las que su abuela adquiere la estatura de ejemplo que la guía y la lleva al propósito de no fallarle nunca porque si a algo aspira, es a que Nieves Dolores sienta orgullo de ella.

Su apego a la abuela nació en los primeros años de su infancia, cuando su casa era el lugar preferido por la tropa para pasar los domingos y los días

festivos. Entonces, Nieves Dolores pausaba la intensidad de su trabajo para dedicarles cuidados, compartir con ellos un paseo o prepararles los platos de su predilección infantil.

“Con sus historias, mi abuela no solo nos cuenta lo que le pasó, sino que nos deja muchas enseñanzas —reflexiona Nieves Ghildania—. A veces miro su foto y me digo que quisiera ser la mitad de mujer que es ella: firme, perseverante, trabajadora... Son pocas las palabras que pueden describir a mi abuela. Le doy gracias a Dios por tenerla en mi vida”.

En el inventario de lecciones aprendidas está no dejarse arredrar por los reveses. Como ha escrito su abuela en la pizarra de la vida, siempre habrá un camino por el que se puede salir adelante. Embebida en esta idea, Nieves Ghildania tiene a veces dificultades para entender a sus contemporáneos, tan proclives a la angustia del fin del mundo por la simple descarga del celular o la rotura de la pantalla del aparato. Los compara imaginariamente con su abuela, forjada en pelea con la vida, y el resultado no puede ser otro que poner la presea de la superioridad moral en el pecho de esta mujer que, a través de los años, también le ha repetido con insistencia machacona, para que no lo olvide, que es deber del ser humano consigo mismo saltar sobre los obstáculos para evitar que obstruyan el camino.

“Me ha enseñado también agrega que nuestras pisadas en el mundo deben dejar huellas bonitas, que lo importante no es lo material, sino lo espiritual. Aprendí de ella que es preferible ser recordada con el corazón y no por las obras que hemos construido. No, lo importante será siempre pervivir en la memoria de los demás como una persona honesta, que sirvió a su pueblo y tocó la vida de mucha gente, como lo ha hecho ella”. Se trata, en definitiva, de conocer los límites. De entender y aceptar que yerra quien presume de ambicionar más que lo justo y necesario, desperdiciando la oportunidad de crecer como ser humano.

“Consciente o inconscientemente, ella me ha

motivado a ser más fuerte, a tomar decisiones bien pensadas; a asegurarme de que, si mis proyectos tardan en realizarse, lo que cambie no sea el proyecto, sino el trayecto hacia el logro de mi objetivo. Por ella [...] soy paciente, perseverante y resistente”.

Que escogieran a su abuela para otorgarle en 2021 la **Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana** en el reglón Emprendimiento la reboseó de gozo. En las paredes de la oficina de Nieves Dolores cuelgan incontables pergaminos y placas de reconocimiento por su labor de maestra, empresaria, feligresa católica, múnicipe ejemplar y gasparense comprometida con el presente y el futuro de su pueblo. Pero Gaspar Hernández, dice, no brilla en la geografía dominicana, pequeño como es y alejado social y geográficamente de los centros donde reside el poder de decisión; por eso, que el Ministerio de la Mujer reconociera los méritos de su abuela y la eligiera entre tantas otras candidatas nacionales, tiene un significado especial que la inspira a labrarse un camino de servicio que emule el de Nieves Dolores en su capacidad de impactar la vida de los demás.

Podría hablar sin término sobre Nieves Dolores, inagotable fuente de sus aprendizajes para construirse también como mujer. Con ella y de ella ha aprendido a ir dejando en el camino los miedos a la independencia, las dudas sobre la personal capacidad de hacer cosas sin que la cultura social que limita a las mujeres melle su resistencia. Mucho antes de que ella naciera, Nieves Dolores, en un ambiente pueblerino poco estimulante, comenzó un negocio reservado al interés y las competencias exclusivas de los hombres y, sin aspavientos, despedazó el mito.

“Le digo con frecuencia que ella es una negociante innata y no lo supo hasta que puso su primer negocio; no hay una decisión que mi abuela tome que no dé frutos buenos. Donde ella siembra una semillita, sale tremenda mata. No puedo describir a mi abuela con palabras porque son muchas las cosas que ella diariamente nos enseña. Cualquier persona a la que le

sobrevengan todas las cosas que le han tocado a mi abuela, posiblemente se derrumbe, se ponga en una esquina, encerrada en ella misma. Mi abuela no”, añade.

Porque la admira genuinamente, reconoce que su manera de ser, de conducirse en la vida, tienen la impronta de su abuela. Ana, su madre, destaca con frecuencia esta coincidencia. Otras personas añaden el parecido físico entre la joven Nieves Ghildania y la joven Nieves Dolores. En una cultura que educa a las mujeres en la subestimación de sus propias capacidades, la abuela ha inculcado a la nieta el aprecio por la autonomía de sus planes y decisiones.

“Me digo muchas veces que si en ese tiempo y sin las herramientas que me dan mis estudios universitarios, mi abuela salió a flote, es próspera, vive tranquila y sin cola que le pisen, ¿por qué no lo puedo hacer también yo?”, y agrega a seguida: “Consciente o inconscientemente, ella me ha motivado a ser más fuerte, a tomar decisiones bien pensadas, ser segura, pero cautelosa; a asegurarme de que si mi proyecto tarda en realizarse, lo que cambie no sea el proyecto, sino el trayecto hacia el logro de mi objetivo. Por ella y por mi madre, que también se le parece, aunque no sean familia directa soy paciente, perseverante y resistente”.

Cuando le comunicó a Nieves Dolores que estudiaría Medicina, su reacción fue de tristeza, no porque disintiera de la elección profesional de Nieves Ghildania, sino porque para cursar la carrera tendría obligatoriamente que abandonar Gaspar Hernández. Posiblemente pensó que en Santiago no tendría las comodidades que le ofrecía su hogar paterno y el cuidado de todo el entorno familiar, o que su seguridad e integridad personal podían verse afectadas en una urbe tan compleja. Pero no objetó la decisión de la nieta ni la hizo sentir culpable de abandono emocional. Como hasta entonces había hecho, continuó brindándole su apoyo y solidaridad porque “aunque nos caigamos mil veces, siempre estará ahí”.

Así es Nieves Dolores. Observa y opina, pero no interfiere. Desde el nacimiento mismo de sus primeros nietos y nietas cultivó la cualidad de

respetar sus vidas y sus espacios. Cuando ha creído que algo no funciona como es debido, no se arroga el derecho de enmendar la plana de manera directa, sino que conversa con los padres y las madres: a ellos corresponde corregir la conducta o pasarla por alto cuando estimen que lo ocurrido es intrascendente. Su discreción no impide, sin embargo, que sobre Nieves Ghildania gravite el temor a decepcionarla, a manchar con un comportamiento inapropiado el esfuerzo de Nieves Dolores para cincelar una familia digna de respeto.

“Todos sus nietos y nietas nos hemos cuidado de cometer errores vergonzosos, no porque ella se meta, sino porque ha luchado tanto por esta familia que traerle una vergüenza sería decepcionarla, a ella, que lo ha dado todo por nosotros. Si estamos aquí, si tenemos esta posición económica, es por ella, porque se fajó sola a subir este emporio. Solo le pido a Dios que le dé vida y salud para que pueda verme graduada de médica. Sí, a eso aspiro: a que se sienta orgullosa de mí”, afirma antes de que sus ojos se nublen y un nudo en la garganta la obligue nuevamente a guardar silencio.

Capítulo VII:

Mi abuela merece una estatua



VII. Mi abuela merece una estatua

El entorno familiar de Nieves Dolores ha seguido la vieja tradición social, ya debilitada, de llamar a los miembros de la nueva generación con el nombre de la precedente. Nieves del Carmen inauguró la continuidad de las Nieves; Nieves Ghildania, es la mujer de la tercera generación que lo porta. Gilberto Antonio (Gibo o Gilbertico, depende), tiene los de su abuelo y su padre. Habrá que esperar para ver si estos hermanos, la primera nieta y el primer nieto, prolongarán la homonimia familiar cuando decidan tener sus propios hijos e hijas. Mientras llega el momento de la continuación o la ruptura, algo muy sólido permanece: el admirado y firme amor por la abuela.

Gilberto Antonio ha vivido más de la mitad de su vida en casa de su abuela. Ningún evento traumático, ninguna gana de huir del hogar de sus padres, está en la raíz de esta decisión. A vivir bajo el mismo techo que su abuela lo halaba un hilo invisible que tiene algo de mágico: desde que tuvo conciencia de sí mismo, su gran deseo fue estar junto a aquella mujer de quien se siente no nieto, sino hijo. Y así la llama: “mamá”.

“Mi relación con ella no es de nieto y abuela recalca, sino de hijo y madre. La entiendo y me entiende. La escucho y ella me escucha. Ahora que vivo fuera, trato siempre de que se sienta bien. La saludo todos los días”.

En el 2021, Gilberto Antonio decidió irse a vivir a Massachusetts impulsado por su deseo de cambiar de aires, de buscar sus propias oportunidades

de crecimiento personal. De tomar respetuosa distancia de los negocios familiares a los que, desde muy niño, dedicó tiempo. De seguir avanzando, en suma, por los caminos académicos que Nieves Dolores le instó a recorrer. Lo dice con una nota de gozo en la voz: a su abuela debe haberse hecho profesional y cursado una maestría en las áreas de Administración de Empresa y Finanzas, además de los muchos otros estudios de distinto nivel que inscribe en su currículum.

En la empresa donde ahora trabaja, una gran distribuidora de frutas y vegetales, aprende a mirar los negocios desde otra perspectiva y se nutre de cada detalle de una experiencia que cambia con frecuencia porque, por decisión de sus jefes, rota por los distintos departamentos. Desde dentro, ha podido confirmarlo, las cosas no son tan sencillas como parecen a los ojos ajenos.

“Nunca hemos disentido puntualiza porque bastaba con sentarme a su lado a plantearle mis inquietudes o problemas, para que ella apelara a una de esas frases tradicionales que encierran una lección: ‘No pongas todos tus huevos en una sola canasta’, por ejemplo; o me contaba lo que ella hacía cuando tenía mi edad, cosas así, que me hacían reflexionar. Quizá si ahora le pregunto no lo recuerde, pero así era”.

La distancia no ha hecho otra cosa que reafirmar estos lazos. Días los hay en que Gibo despierta con el intenso deseo de llamar de inmediato a Nieves Dolores, deseo que suele interpretar como corazonada. No han transcurrido “veinte segundos” cuando a su teléfono celular llega un mensaje de ella. Lo mismo ocurre del otro lado: momentos en los que Nieves Dolores mira el teléfono presintiendo que Gibo está marcando en ese preciso momento, y casi nunca se equivoca. Es como si la comunicación entre ambos fuera extrasensorial.

Todos los días, y a cada momento, ella ocupa su pensamiento. Especie de reclamo ético y afectivo en el que abreva para no perder el norte.

“Mi abuela es una mujer muy honrada dice repasando el catálogo de

virtudes de Nieves Dolores. Nunca le haría mal a nadie. En el mundo de los negocios hay que saber que el mercado crece y el pastel se divide, pero ella nunca ha actuado contra nadie ni ha aprovechado ninguna circunstancia en su beneficio. Ha habido momentos en que pudo haber participado de algún negocio que cojeaba de alguna pata y no lo ha hecho porque piensa en sus hijos, en el lugar que ocupa en Gaspar Hernández”.

Son muchos sus méritos y nombrarlos todos, prolijo. Gibo se detiene, como lo hizo Nieves Ghildania, en uno que radiografía la humanidad de Nieves Dolores: la generosidad. Incontables son quienes en el pueblo se arriman a su sombra, repite, sin que nadie o muy pocos se enteren. Él piensa que el respeto de que goza es la retribución de la vida al ejercicio de una caridad que no alardea.

Pero ni su honestidad ni su caridad ni su infatigable dedicación al trabajo se explicarían sin la fuerza que la mueve: su capacidad de amar. Es ahí donde, para Gibo, radica la grandeza de Nieves Dolores. Una capacidad de amar que se demuestra en actos más que en palabras. Jamás ha impostado el cariño para satisfacción pública porque dejaría de ser ella. Quizá como nadie, Gibo lo sabe.

“En su casa hay respeto y amor, ha sido mi experiencia apunta. Dicen que el amor de los abuelos y las abuelas por los nietos no se puede explicar. Mamá (así le llama) es muy amorosa. Lo que pasa es que cuando se viene de una familia que tiene negocios, el día a día obliga a dedicarse al trabajo, que es lo que ella hace todavía. Pero yo diría que mamá se pasa de cariñosa. El simple hecho de que cuando te levantes encuentres el café colado y el desayuno listo; que a mediodía esté tu comida, a pesar de todo, ocurre porque ahí hay cariño. Mamá siempre se afana por los nietos, por sus hijos, por sus hermanos”.

Más de la mitad de su vida, ya lo ha dicho, transcurrió bajo esos amorosos cuidados. La marca emocional que le dejaron se hace visible en los buenos días que, antes de irse al trabajo, envía por teléfono a Nieves Dolores. El colofón es previsible:

“No es porque sea mi abuela ni porque lo que yo diga quedará escrito en un libro: ella merece que le hagan una estatua”.

Capítulo VIII:

*Para mi gusto, es
demasiado trabajadora*



VIII. Para mi gusto, es demasiado trabajadora

Cuando Fortunato era pequeñito, Nieves Dolores se ocupaba de él con el esmero de una madre. Era la época en que, para complacer a Luis Emilio, el padre de ambos, se trasladó a Santiago durante un año y allí aprendió el oficio de modista que le serviría de adulta. Le cuenta al hermano algunas de las anécdotas de la época y ríen con ganas. Han pasado casi setenta años desde entonces, pero el afecto que los une no ha hecho más que crecer. Él habla de ella con entusiasmo; ella pronuncia su nombre con amor agradecido.

Fue Fortunato el hermano que más decididamente le tendió la mano cuando, viuda y con cuatro hijos, regresó a Gaspar Hernández desde la capital sin saber muy bien cuál sería su destino, aunque dispuesta a no hacer como el avestruz. Fue él quien se ensució manos y ropa trabajando en el acondicionamiento del local donde ella instalaría su primer negocio. Fue él quien le proveyó capital y mercancía y la puso en contacto con los proveedores. Fue él quien le insufló ánimo y confió en sus capacidades para abrirse paso con éxito en un mercado entonces limitado. Es él quien, a sus setenta y seis años, dice lo mucho que ella lo quiere con la satisfacción de quien exhibe un trofeo. Un cariño, el mutuo, que ha convertido a Fortunato en un referente moral y afectivo de sus sobrinos Luis Ramón, Gilberto Antonio, Carlos Miguel y Nieves del Carmen, a quienes su madre les ha enseñado que cuando el tío llama necesitado de lo que sea, atenderlo es

la primera e impostergable prioridad. “Para mí dice, eso constituye un orgullo”.

Viviendo en Santiago, donde tiene sus propios negocios, Fortunato lamenta no poder verla con la frecuencia anterior a la pandemia del coronavirus, que impuso la obligación de tantas restricciones, sobre todo para personas mayores, como son ambos. Solo sus conversaciones telefónicas no han interrumpido la frecuencia. Hablan de cosas personales, del país y de la marcha de los negocios. ¡Tienen siempre tantas cosas que contar! Él se jacta de poder decirle las cosas que sus hijos no se atreven. El cariño entre ambos actúa siempre como eficaz disuasivo.

“Ella tiene una ventaja que no tienen otros: el respeto total de sus hijos, y el mío, por supuesto. Soy de los pocos que le dice algunas cosas que sus hijos no le dirán. Como insistirle en que, a sus ochenta y tantos años, debe bajar el ritmo del trabajo, estar más tranquila. Pero ella tiene mucha, mucha sangre; parece más joven que yo. Es demasiado vital”, dice.

Repasa los momentos difíciles en la vida de su hermana y el colofón predecible es el reconocimiento de su fortaleza a toda prueba. Nunca ha dado su brazo a torcer ni ha permitido que quienes la rodean la consideren merecedora de compasión. Ha derramado lágrimas a mares, como ella misma confiesa, pero se ha sobrepuesto sin falta a los problemas que han llegado a agobiarla. Todo lo que ha hecho y logrado, sirve a Fortunato para encomiar su inteligencia y don de mando, cualidades sin las cuales posiblemente no hubiera podido vencer circunstancias y patrones culturales que, en el pequeño pueblo de Gaspar Hernández, eran desfavorables al emprendimiento femenino.

Mas no solo se complace en lo logrado por Nieves Dolores en el competitivo mundo empresarial. Su vida personal está hecha de una sola pieza y él recalca el mérito de que así sea: “Nunca, ni en sueño, se ha oído decir nada de ella; que tuvo algo con fulano o mengano, jamás. Es más recta que yo”.

“En la vida pública, mi hermana es también una mujer muy íntegra afirma Fortunato. En los años noventa fue regidora por el municipio de Gaspar Hernández y, si no recuerdo mal, duró solo un año en el puesto. Ese año le sirvió para darse cuenta de muchas cosas turbias que se estaban cometiendo y desistió. Balaguer también quiso postularla a diputada por su partido y rechazó la oferta porque se había dado cuenta de que la política no era asunto de ella”.

Para él, la decisión de Nieves Dolores no es un dato cualquiera. Radiografía su escrupulosidad y decencia, cualidades que explican que “en lugar de participar en el pastel, prefiriera alejarse”.

Fortunato regresa al aspecto más íntimo de la relación con su hermana y se permite confesar una sana envidia por la solidez del núcleo familiar de Nieves Dolores: “Me gusta de ella que logró lo que yo no pude: reunir a sus hijos. Yo no pude hacerlo. Quizá porque los míos nacieron en otro tiempo, se fueron desperdigando. Uno vive en Nueva York, otros dos se han dedicado al negocio del café y la hembra está en Italia. Así es la cosa. Hace unos meses atrás, sus hijos tuvieron la iniciativa de limpiar el río Joba como una contribución a la comunidad. Son muchachos muy trabajadores y meritorios”.

Cuando su salud ha desmejorado, Nieves Dolores acude sin dilación a su lado y sin preguntar antes si existen verdaderas razones de preocupación. La simple fractura de un brazo sufrida por Fortunato dos años atrás la llevó a Santiago poquísimas horas después de enterarse del accidente. “No se conformaba con llamarme por teléfono, no. Quería venir y vino acompañada de todos los hijos”. En las buenas y en las malas, subraya Fortunato, su hermana es “una mujer de detalles”. Lo precisa una anécdota: “Antes de la covid-19 se nos ocurría decir: ‘Vámonos a Gaspar Hernández a comer con Nieves’ y nos recibía junto a todos nuestros sobrinos y sus nietos. Mi hermana tiene muy arraigada la vida familiar, al punto de que construyó tres edificios para darle un apartamento a cada nieto”.

“Lo cierto es precisa que mi hermana ha hecho tantas cosas que aun

restándole la mitad siguen siendo muchas. Está, por ejemplo, su esfuerzo de superación personal. Quien oye la fluidez con la que se expresa no identificaría nunca su origen campesino. Eso quiere decir que leyó y se preocupó mucho por formarse. Añádale a eso su contribución social al pueblo de Gaspar Hernández y podrá hacerse una idea de quién es ella”.

Capítulo IX:

*La maestra que le enseñó
el respeto*



IX. La maestra que le enseñó el respeto

Cuando Nieves Dolores llegó como maestra a la escuela rural de La Piragua, sus alumnos asistían con los pies enlodados. Era lo habitual en aquellos años cincuenta. La extrema pobreza campesina no permitía el lujo de comprar un par de zapatos, ni siquiera cuando el dictador Rafael Trujillo, después de apropiarse de la empresa Fadoc, argumentó “razones de salud pública” para hacer obligatorio andar calzado en la zona urbana. Estudiosos del régimen afirman que para evitar ser reprimidos, los campesinos iban a la ciudad con un solo zapato fingiendo una lesión en el pie descalzo. El otro se quedaba guardado en previsión de que algún pariente necesitara salir del campo hacia el pueblo.

La joven maestra miraba con pena a sus pequeños alumnos. Ideó entonces instalar una palangana a la entrada de la escuelita para que los niños y las niñas se lavaran los pies antes de sentarse al pupitre. Por lo menos eso, se decía, ya que el verdadero remedio a la precariedad de su alumnado no estaba en sus manos. Como si además de instruirlos quisiera compensarlos de sus estrecheces sociales y económicas, Nieves Dolores inventaba juegos, cantaba con ellos, los hacía sentir importantes. No por azar, pese a las décadas transcurridas y a que las canas han quitado importancia a la diferencia de edad, todas las niñas y los niños que fueron sus alumnos en La Piragua la siguen llamando “profesora”.

Uno de esos niños descalzos era Máximo Mejía (“Mis primeros zapatos dice los compré a los nueve años con un dinerito que gané recogiendo café”). Tenía seis años cuando su aprendizaje comenzó a ser tutelado por Nieves Dolores. Despierto y alegre, cayó en gracia a la maestra, que lo distinguió con su cariño desde el momento mismo de conocerlo. Hoy tiene setenta años y su misérrima infancia es solo la experiencia que lo alienta a mantener los pies sobre la tierra.

“Yo era un niño muy agradable recuerda y ella me tomó mucho cariño. Fue mi profesora durante tres años que me marcaron. Después de ella vinieron otros maestros y maestras, pero hasta que se casó y vino a vivir a la capital, fuimos amigos, aunque ella me llevaba trece o catorce años. Las circunstancias nos hicieron perder el contacto, que retomamos a raíz de su viudez y su regreso a Gaspar Hernández”.

El reencuentro revivió los viejos afectos. La joven maestra se había convertido en una próspera empresaria y él, que comenzó como buhonero y un capital de sesenta y ocho pesos, es el propietario de una de las más grandes tiendas de encajes, botones y cremalleras del país, que ahora también incluye productos misceláneos: Encajes La Rosario.

No necesita hurgar en la memoria para encontrar las razones de su adeudo con Nieves Dolores. Carga en su alforja existencial los valores que ella le inculcara en su niñez. El repertorio es amplio, pero él destaca la enseñanza del respeto por el otro. Como todos los niños y las niñas del mundo y de todas las épocas, reñían por cualquier cosa. Con infinita paciencia, ella les predicaba la conveniencia de la armonía. Ya hombre, y enfrentado en ocasiones a situaciones extremas, Máximo Mejía renueva la lección aprendida en la escuelita de La Piragua.

“De esa época me quedan muchas cosas en la mente. Recuerdo la ocasión en que ella me llevó desde La Piragua a Gaspar Hernández montados en una mula. Fue muy impresionante para mí, que tenía unos siete años. Vivía a trece kilómetros de ese pueblo y no lo conocía, porque los padres y las madres de entonces no nos dejaban ir tan lejos solos. De todos los niños y las niñas de la escuela, solo hizo eso conmigo”, recuerda Máximo Mejía.

“Ha hecho un buen trabajo y lo sigue haciendo. Ha ayudado mucho a Gaspar Hernández. Pienso que, muy probablemente, si ella no hubiera emprendido la cantidad de negocios que tiene, el pueblo no sería lo que es hoy. Ha habido muchos otros grandes empresarios, pero no han hecho nada por Gaspar Hernández o han hecho muy poco. Murieron y la gente no los menciona porque jamás ayudaron a nadie a superarse...”

En su memoria atesora aquellas mañanas luminosas de Gaspar Hernández en que la maestra les enseñaba los rudimentos de la agricultura. En un pequeño terreno aldaño a la escuelita, Nieves Dolores participaba con los niños y las niñas en la siembra de plántulas de diferentes especies que veían crecer bajo el cuidado colectivo. A veces llegaron a recoger simbólicas cosechas que, al dar motivo para la alegría, despejaban por un momento la grisura de la pobreza.

Antes de su bonanza, Máximo Mejía desempeñó numerosos oficios con salarios miserables. Las dificultades extremas que le tocó vivir fueron su acicate para labrarse un porvenir distinto. Cuando se dejaba llevar por los sueños de progreso, el recuerdo de la joven maestra no tardaba en aparecer.

“La primera razón por la cual la aprecio es por lo mucho que me ayudó siendo yo un niño dice. Ese aprecio se ha hecho mayor cuando veo cómo ha contribuido con sus negocios con el bienestar del pueblo. Mucha gente ha sido beneficiada: empleados, proveedores. Ha hecho un buen trabajo y lo sigue haciendo. Ha ayudado mucho a Gaspar Hernández. Pienso que, muy probablemente, si ella no hubiera emprendido la cantidad de negocios que tiene, el pueblo no sería lo que es hoy. Ha habido muchos otros grandes empresarios, pero no han hecho nada por Gaspar Hernández o han hecho muy poco. Murieron y la gente no los menciona porque jamás ayudaron a nadie a superarse. Todo lo querían para ellos. Nieves no es así, por el contrario. Mucha gente vive mejor gracias a ella”.

Cordial y sencilla, Nieves Dolores se granjea el aprecio espontáneo de quien la conoce. Máximo Mejía jamás la ha visto enfadada o molesta.

Posee la cualidad de “hablar con la gente y no reprocharle nada”. Con incontables experiencias a cuesta, la antigua maestra y el antiguo alumno, se sientan ahora una frente al otro a recordar el pasado y contarse detalles de sus logros y planes futuros.

En la conversación no puede faltar el placer de los viajes por el mundo que han realizado desde que los apremios fueron quedando atrás. Cada uno a su manera ha construido un presente floreciente. A los ochenta y tres años ella continúa siendo incombustible. A los setenta, él atiende cada detalle de Encajes La Rosario. Ambos tienen motivos sobrados para sonreír.

Capítulo X:

El pasado vuelve



X. El pasado vuelve

“Entra, Manuel, que te he estado esperando”.

La frase que pronuncia Nieves Dolores resume treinta y cuatro años de su vida. En el espacio temporal que definen los verbos conjugados, sanó sus heridas, amó nueva y apasionadamente, fundó una familia, lloró con desconsuelo la muerte de Gilberto y asumió su prematura viudez como un desafío al que plantó cara. No esperaba al hombre que partió con la promesa del inminente reencuentro, sino la respuesta a la pregunta sobre la incomprensible y silenciosa ausencia.

Casi tres décadas y media después de haber partido en el barco Virginia de Churruca con destino al puerto de Maracaibo, Manuel regresaba para responder la interrogante. Estaba allí, frente a ella, envejecido y enfermo. Treinta y cuatro años no pasan en vano. Vino de Galicia al país con el propósito de reencontrar a Nieves Dolores. De tener, sino su amor, su perdón.

Era una tarde de abril de 1992. Por una de esas cosas raras de la vida, Nieves Dolores no retornó al trabajo después de almorzar, como era su costumbre. Junto a su hijo Carlos Miguel, enfundada en una bata casera, tomó la brocha y comenzó a pintar las paredes de la cocina, ennegrecidas por el humo que esparcían los fogones colocados en el patio para hervir la ropa.

“Mamá le había alquilado a un sobrino médico una habitación contigua a su casa para instalar un consultorio recuerda. A esa hora de la tarde, solo estaba la enfermera. Un hombre toca a la puerta y, después de saludarla,

le pregunta si la señora que dormitaba en la galería de la casa, sentada en una mecedora, era Josefa Mendoza. Siguió haciendo preguntas sobre cada miembro de la familia, hasta llegar a mencionarme. Supo entonces que había enviudado y tenía cuatro hijos. ‘Me gustaría ver a Nieves’, dijo a la enfermera, por lo que esta le dio mi dirección. ‘No, preferiría que vayas a su casa y le digas que hay un señor que quiere hablar con ella’, dijo él”.

Convencida de que el hombre que le hablaba conocía bien a la familia y era inofensivo, la enfermera fue hasta donde Nieves Dolores para transmitirle el mensaje. La primera reacción de ella fue pensar que se trataba de uno de los inspectores que visitaban sus negocios. Algo querría, sospechó.

¿Cómo fue que me dijo que se llamaba?, se preguntó a sí misma la enfermera, tratando de recordar el nombre preciso del extraño.

Eso lo sabes tú, respondió Nieves Dolores.

¡Ay! Se llama algo así como Manuel, replicó risueña.

¿Manuel Rivero González?, preguntó Nieves Dolores, remarcando cada sílaba.

Sí, creo que sí, ¿usted lo conoce?, respondió todavía dubitativa la muchacha.

Sí, lo conozco. Dile que venga, que lo estoy esperando, le propuso Nieves Dolores.

Frente a la verja de la casa donde vivía ahora la mujer que dejó de ver tantos años atrás, Manuel vaciló. Su mano temblorosa se resistía al gesto de empujar la pequeña puerta que lo separaba del umbral donde, impassible, se erguía Nieves Dolores. Posiblemente tuvo miedo de que nada pudiera ser recompuesto. “Entra, Manuel, que te he estado esperando”, escuchó que le decían.

“¡Tenía un descuido tan grande! Esa fue mi primera impresión de él. Nos saludamos y lo invité a sentarse en la sala, y entonces llamé a Carlos Miguel y le dije: ‘mira, este es Manuel, el hombre con quien me casé antes de hacerlo con tu papá’. Mis hijos supieron de ese matrimonio poco antes de que Gilberto muriera. De eso nunca se habló en mi casa”, rememora.

Él confesó las incertidumbres con las que partió de Galicia al Caribe. ¿Qué habría sido de Nieves Dolores? ¿Estaría muerta? Si este último hubiera sido el caso, acudiría a su tumba a depositar las flores que nunca le entregó para celebrar el reencuentro cuando todavía eran jóvenes y tenían planes de una vida en común.

“Te esperé durante casi cinco años la oyó decir. Tú no regresaste, me divorcié y me casé con quien fuera mi primer novio”.

“No te lo reprocho”, fue su respuesta. Lentamente, abrió el maletín que tenía sobre las piernas y sacó de su interior un amarillento documento. “Mira esto, es el acta de nuestro matrimonio: yo no me he divorciado, sigo casado contigo”, le dijo a Nieves Dolores. Ella solo atinó a responder con una afirmación enfática: “Pues yo soy viuda viuda, no viuda de nombre”, como queriendo desestimular las expectativas que comenzaba a adivinar en los ojos de Manuel.

Al filósofo francés Blaise Pascal, nacido hace cuatro siglos, se atribuye haber pronunciado una frase lapidaria convertida hasta hoy en pedestal de los sentimientos: “El corazón tiene razones que la razón ignora”. Manuel habló esa tarde largamente con Nieves Dolores. Le contó las peripecias de su vida durante las tres décadas sin verla. De sus trabajos itinerantes que lo llevaron a lugares tan lejanos como Australia y los amores que también tuvo. De sus esfuerzos para ahorrar dinero suficiente y poder regresar algún día a la isla donde la conoció y amó. De la verdadera razón de su retorno: ella y el pasado. Ella y su deseo de que fueran sus manos las que, en el momento definitivo, le cerraran los ojos. Nieves Dolores lo escuchó atenta y le confió qué había sido de su vida desde aquel día en que se dijeran adiós en el puerto de Santo Domingo. Entonces eran jóvenes, ahora ambos

habían encanecido. Las horas de las confidencias pasaron lentas.

Hospedado en un hotel no precisamente reputado, ella le ofreció trasladarse a su casa, no sin antes pedir el consentimiento de Luis Ramón, Gilberto Antonio, Carlos Miguel y Nieves del Carmen a una decisión que, de seguro, tendría consecuencias. Su corazón había comenzado a pelear con su razón. De cada uno escuchó frases de apoyo, consejos de hacer lo que creyera conveniente; de no sujetarse a las convenciones. Al fin y al cabo, Manuel era, aunque hasta entonces sepultada por el tiempo, parte de su vida.

Frente a la verja de la casa donde vivía ahora la mujer que dejó de ver tantos años atrás, Manuel vaciló. Su mano temblorosa se resistía al gesto de empujar la pequeña puerta que lo separaba del umbral donde, imposible, se erguía Nieves Dolores. Posiblemente tuvo miedo de que nada pudiera ser recompuesto. “Entra, Manuel, que te he estado esperando”, escuchó que le decían.

Lo alojó en la habitación de Nieves del Carmen, quien entonces estudiaba en la capital. Ella se fue a la habitación de los varones, donde todavía dormía Carlos Miguel. No quería que las murmuraciones pueblerinas salpicaran su bien ganada fama de mujer respetuosa de la moral social. También consultó con el cura párroco, porque si a algo teme es a infringir las normas de Dios. Lo siguiente fue viajar a Santiago con Manuel para obtener el beneplácito de sus hermanos paternos.

Así regresó Manuel Rivero González a la vida de Nieves Dolores Pappaterra Mendoza. Once días después de que tocara a su puerta, ella le dio nuevamente el “sí quiero”. La vida suspendida retomó su ritmo.

Contrario a lo que pudiera esperarse, la vuelta de Manuel no trastornó la cotidianidad familiar de Nieves Dolores. No hubo recelos ni resquemor. La felicidad de la madre fue motivo suficiente para que el reaparecido fuera acogido con afecto.

“Estábamos crecidos cuando nos enteramos de que mamá había tenido un primer esposo dice Luis Ramón. Por circunstancias de la vida, papá y mamá nos reunieron y nos lo dijeron. Lo tomamos como algo normal y no volvimos a recordarlo; nunca más se mencionó. Mi papá fue un hombre muy noble, una de las personas más nobles que he conocido. Cuando Manuel reaparece en el año 92, mamá nos llamó y nos lo presentó”.

La decisión de Nieves Dolores de casarse nuevamente con él mereció el respeto de todos ellos, que lo acogieron como a un padre. “A partir de ese momento añade, Manuel tuvo otra vida. Nuestros hijos nacieron bajo su tutela, él fue el abuelo que ellos conocieron. Él, por su parte, nos asumió como hijos propios. Con él íbamos a todas partes. Pienso que la falta que nos hizo nuestro padre siendo adultos, la suplimos con él. Le tomamos mucho afecto y fue nuestro padre hasta que murió. Lo cierto es que una historia como la de ellos dos poca gente la ha vivido. Es una historia de película”.

Nieves Ghildania piensa igual que su tío respecto a la importancia que tuvo Manuel en sus vidas. “Mis hermanos y yo fuimos los más cercanos a él. Lo quisimos muchísimo. Mi abuela sufrió mucho su muerte. Aunque cuando enfermó pasamos mucho ‘trote’, siempre se mantuvo firme. Cuando falleció, era mi abuela quien trataba de consolarnos. Nos decía: ‘tenemos que seguir adelante’, sabiendo nosotros que ella se sentía sola y extrañaba a su compañero”.

Gibo se une a su tío y a su hermana en la evocación de Manuel. Sin faltar a la memoria de Gilberto, el abuelo fallecido mucho antes de su nacimiento, es este gallego “difícil” al que asienta en su biografía como el abuelo en el que todavía piensa y al que extraña.

“Era una persona que tenía su manera particular de querernos dice. Aparentaba ser frío, pero tenía el corazón más noble del mundo. Gracias a Dios que pude crecer en el seno de mis dos abuelos, colocarme en su lugar y saber cómo pensaban; así fui conociendo su manera de querer. Quizá algunos no se dieron cuenta del amor de don Manuel, pero solo con

estar al lado de mi abuela demostraba el amor que sentía; lo dio todo por ella. Se adaptó a una familia con otras costumbres, ya formada, y terminó ganándose el cariño de todos nosotros”.

En 2014, Manuel murió y ella le cerró los ojos, como él quiso siempre que lo hiciera. Terminaban 22 años en los que Nieves Dolores conoció nuevamente la plenitud de la felicidad.

Capítulo XI:

*Juntos los tres para
siempre*



XI. Juntos los tres para siempre

En el cementerio municipal de Gaspar Hernández hay un panteón con tres nichos verticales. En el primero, sobre la tierra, está enterrado Gilberto; en el tercero, Manuel. El nicho entre ambos será ocupado por Nieves Dolores cuando muera.

Con absoluta seguridad, Gilberto no protestaría. Él amo a Nieves Dolores con un amor sin concesiones desde que eran adolescentes. Ella lo abandonó por Manuel, pero eso no le bastó para cubrirla de olvido. Cuando años después la supo divorciada y sola, le propuso comenzar a caminar de la mano, y así lo hicieron. Durante diecisiete años, solo fueron ellos dos sumando uno. El pasado se esfumó en la sólida armonía de una relación de cómplices.

Pese a que su inexplicable ausencia hizo sufrir intensamente a Nieves Dolores, Manuel se ganaría descansar donde lo hace. Durante más de tres décadas, cargó con ella en la memoria donde quiera que fuese. Cuando la reencontró, se instaló en la isla, que solo abandonaba para visitar de vez en cuando su tierra natal. De carácter difícil, como es fama en los gallegos, limó sus asperezas y se fundió en la vida familiar de Nieves Dolores. Los hijos que ella tuvo con Gilberto lo quisieron como a un padre. Para los nietos y las nietas, fue el abuelo que colmó sus infancias de cariño. Irremediablemente enfermo, Manuel no quiso volver a su Galicia húmeda y fría. Dejó de respirar bajo el cielo gasparense.

“En medio de los dos, ahí estaré yo”, dice Nieves Dolores, y en el aire se palpa la riqueza de su vida.



Galardonadas con la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana 2021



LA AUTORA MARGARITA CORDERO

Es periodista, ha trabajado en la radio, la televisión y la prensa escrita y digital. Entre otros cargos en el oficio en medios referentes de la comunicación y el periodismo, fue analista política y reportera del periódico El Siglo, directora ejecutiva de la Revista Rumbo, comentarista y entrevistadora del programa informativo Uno+Uno, y directora del digital 7 días.

Premio Caonabo de Oro al Periodismo 2013 y Premio Nacional de Periodismo 2015. Ha escrito los libros Prostitución, esclavitud sexual femenina, en colaboración con Cristina Cavalcanti y Carmen Imbert Brugal, La mujer en los procesos electorales 1986-1990, La comunicación para mujeres en el desarrollo. Informe de investigación, Mujeres de Abril y la novela Nosotras, las de entonces.

Su aporte al proyecto "Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana", es invaluable y contribuye al firme propósito del Ministerio de la Mujer de construir con el acervo de los aportes, en todos los ámbitos de la sociedad, que han hecho las mujeres dominicanas.

